

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1972

Precio: 80 Pesetas

Publicaciones de la
EXCMA. DILIGENCIA PROVINCIAL DE SEVILLA
D. D. ANTONIA HEREDIA HERRERA

ARCHIVO HISPALENSE



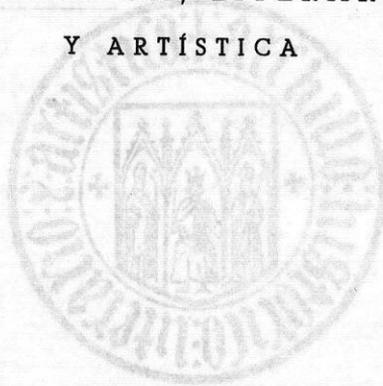
REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACION CUARTERTRAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

DE DERECHOS HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



TOMO LV
NUM. 170

Depósito Legal, SE-25-1958

Impreso en España en las oficinas de la IMPRENTA PROVINCIAL. — SEVILLA



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

RESERVADOS LOS DERECHOS

LINGÜÍSTICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

Depósito Legal, SE-25-1958

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL. — SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL



2.^a ÉPOCA
AÑO 1972

TOMO LV
NÚM. 170

SEVILLA, 1972

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1972

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE

Núm. 170

DIRECTOR HONORARIO: MANUEL JUSTINIANO Y MARTÍNEZ

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.

ANTONIO MURO OREJÓN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

LUIS TORO BUIZA.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: ARACELI SHAW GARCÍA.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.

APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (ESPAÑA)

S U M A R I O

Páginas

ARTICULOS

MARTÍNEZ SHAW, Carlos.— <i>El Cantón sevillano</i>	1
SOTELO SALAS, Alfonso I.— <i>Carlos Alberto de Cepeda y Guzmán (Antología de su obra)</i>	83
WAGNER, Klaus.— <i>Apuntes para el coste de vida en Sevilla. Agosto 1544 - febrero 1545</i>	119
CUENCA TORIBIO, José Manuel.— <i>La necesidad de una historia de Andalucía</i>	131
MILLÁN CONTRERAS, Donato.— <i>Introducción a una zoolo- gía becqueriana</i>	135

MISCELANEA

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio.— <i>Las deudas del cardenal Solís</i>	201
LEMARTINEL, J.— <i>Cartas inéditas de Adolfo de Castro a Tenant de Latour</i>	205

LIBROS

Temas sevillanos en la prensa local.

REAL DÍAZ, Isabel	211
--------------------------	-----

Crítica de libros.

Hernández Díaz, José: <i>Juan de Mesa, escultor de imagi- nería (1583-1627)</i> .—Daniel Pineda... ..	223
De los Reyes Fuentes, María: <i>Misión de la palabra</i> .—Da- niel Pineda... ..	225
Morales Padrón, Francisco: <i>Historia de Hispanoamérica</i> . Daniel Pineda... ..	226
GARCÍA DE ENTERRIA, E.: <i>Revolución francesa y adminis- tración contemporánea</i> .—J. M. Cuenca	229
BLANCO WHITE, J.: <i>Cartas de España</i> .—J. M. Cuenca	229
COMIN, A. C.: <i>Noticia de Andalucía</i> .—J. M. Cuenca	230
FLOTES, P.: <i>El inconsciente en la historia</i> .—J. M. Cuenca.	230
AGUILAR PIÑAL, Francisco: <i>Temas sevillanos (Primera serie)</i> .—José Antonio Pérez Rioja... ..	231

ARCHIVO HISPALENSE

SUMARIO

Páginas

ARTICULOS

136	MILLA GONZÁLEZ, Donato.—Introducción a una sociología de la arquitectura
131	GUENCA TORRILLO, José Manuel.—La necesidad de una historia de Andalucía
110	WAGNER, Klaus.—Aunque para el coste de vida en Sevilla. Agosto 1944 - febrero 1945
83	GUARDIA (Antología de su obra) — Carlos Alberto de Cepeda y Sorale Salas Alonso I
1	MARTINEZ SHAW, Carlos.—El Cantón sevillano

MISCELANEA

208	LEMASTRELLA, J.—Obras inéditas de Adolfo de Castro
201	DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio.—Las bandas del cardenal
211	REAL DÍAZ, Isabel

LIBROS

231	AGUILAR PÉREZ, Antonio
230	FLORES, P.: El inconsciente en la historia — J. M. Guenza
230	COMIN, A. C.: Noticia de Andalucía — J. M. Guenza
229	BLANCO WHITE, J.: Cartas de España — J. M. Guenza
229	GARCÍA DE ESKEROLA, E.: Revolución francesa y administración contemporánea — J. M. Guenza
226	DANIEL PINEDA
226	MORALES PADRÓN, FRANCISCO: Historia de Hispanoamérica
225	DANIEL PINEDA
225	DE LOS REYES FUENTES, MARÍA: Misión de la palabra — Daniel Pineda
223	HERNÁNDEZ DÍAZ, JOSÉ: Juan de Mesa, escultor de imaginaria (1583-1627) — Daniel Pineda

Critica de libros

INTRODUCCIÓN A UNA ZOOLOGÍA BECQUERIANA

PEQUEÑO PRÓLOGO

Es difícil determinar, por uno mismo y para uno mismo, cómo llegan algunas ideas. Esta, por ejemplo, de adentrarse en la obra de un poeta romántico, sevillano universal, para dedicar una atención preferente a los animales que cita en sus escritos, no acaba de tener una explicación clara y razonable. Quizá exista, recóndita, en las golondrinas. Si establecemos uno de esos juegos en que a una palabra ha de seguir otra con ella relacionada, es innegable que al decir "Bécquer" nos responderán, en el noventa por ciento de los casos, "golondrinas". Entonces puede, solo puede, que de esas golondrinas me naciera, no sé cómo ni en qué momento, una fórmula ampliatoria: pájaros. Y de ahí una decisión de más extenso contenido: aves. Y de las aves, ya en un lanzamiento ambicioso: animales. ¡Todos los animales nombrados por Bécquer! Esto es, una zoología becqueriana, si no exhaustiva, lo más aproximada posible a una totalidad. ¿Cuántos animales manejó Bécquer y en qué circunstancias y momentos? Es apasionante. Y es lo que voy a bosquejar en esta "Introducción", realizada en forma de diccionario y comentada intencionadamente con brevedad. Su título quiere anunciar que debe servir, en cualquier futuro, para ampliaciones y consecuencias más vastas.

Hay realidades fabulosas en el tema pero habrá faltas en su desarrollo. Quiero que me sean perdonadas porque, gracias a ellas, podrán saltar a la palestra personas con más sabiduría para corregir errores y ampliar datos. Esto es tan conveniente para todo porvenir que convendría hacerlo más a menudo cuando se quiera honrar una memoria con perdurabilidad merecida. Bécquer es acreedor al sacrificio de todo orgullo, sea de quien sea, y a la permanente atención de los escritores del mundo entero. Y de los amadores de todas las cosas. Grandes

y pequeñas. Y, naturalmente, de las amadoras de amor, que ya volverán como vuelven siempre las golondrinas.

Pero dejemos las palabras justificativas, que van siendo muchas. Entremos en el "Diccionario zoológico becqueriano".

DICCIONARIO ZOOLOGICO BECQUERIANO

— A —

ABEJA.—“La impaciente multitud hervía como un apiñado enjambre de abejas.”

La Cruz del Diablo.

“Como la abeja que vuelva a la colmena con su botín de perfumadas mieles.”

El gnomo.

“Como enjambre de abejas irritadas, de un oscuro rincón de la memoria.”

—
“Yo canto con la alondra

y zumbo con la abeja.”

Rimas.

“Y mientras las abejas estrechan sus círculos zumbando alrededor de los cálices.”

Desde mi celda. Carta III.

“El antiguo y manoseado simil de las abejas que andan revoloteando y vuelven cargadas de miel.”

Desde mi celda. Carta IV.

“Un breve estío duraron las abejas de oro.”

Pensamientos.

“Susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores.”

Los ojos verdes.

“Un rumor sordo que pudiera compararse al zumbido lejano de un enjambre de abejas.”

Creed en Dios.

Bécquer, en la Carta IV, llama manoseado y antiguo al simil de las abejas. Quizá por eso, a pesar de tratarse de un

insecto propicio para la literatura y la poesía, recurre a él en contadas ocasiones. Su contacto con la Naturaleza le pondría muchas veces de relieve algunas particularidades de las abejas. Las suficientes, al menos, para que se le quedaran en la memoria el singular ruidito del insecto en vuelo y le llame, acertadamente, zumbido. Zumbido que también es susurro cuando se establece en torno a las flores, en minoría, y rumor sordo cuando se oye de lejos, producido por el enjambre.

En *Pensamientos* hay una imagen bellísima en esas abejas de oro, amigas de campanillas y mariposas.

AGUILA.—“Nariz desmesurada y corva como el pico de un aguilucho.”

La rosa de Pasión.

“Por las fauces de un demonio horrible con cabeza y garra de águila.”

La mujer de piedra.

“Su vista tiene algo de la fijeza e intensidad de la del águila.”

Desde mi celda. Carta V.

“Pasar la vista a su alrededor con la misma fijeza que el águila.”

Desde mi celda. Carta VII.

“Bajo los montes muy altos

.....
tras él viene una aguililla
que lo afincaba muy mal.”

Roncesvalles.

“Donde las colosales águilas que soportan los escudos de los reyes.”

“Y está soportado por un águila colosal que le sirve de tenente.”

“Un arco florenzado que se halla sobre el águila.”

“Sobre su ápice un tope en el cual descansa un águila soportando un escudo.”

“Una cruz que aparece por detrás de la cabeza del águila.”
San Juan de los Reyes.

"Fue colocada la Cruz sobre las águilas del lábaro."

Basilica de Santa Leocadia.

"Semejante al que cuelgan las águilas al borde de los abismos."

El santero.

Las águilas están vistas, en dos ocasiones distintas, por un detalle característico mucho más definidor que los atributos usuales de pico y garras con que suelen explicarse para su conocimiento. El escritor se ha fijado en los ojos. En efecto, lo especial de estas aves es la forma de mirar: la fijeza y la intensidad que resultan inolvidables para el espectador.

Cuando Bécquer dice nariz desmesurada y corva como el pico de un aguilucho, establece un parecido más exacto que cuando se dice nariz aguileña que, en realidad, no responde con exactitud al pico del águila, ya que ésta lo tiene largo y encorvado hacia la punta.

Gran parte de las citas no responde al conocimiento de estas aves sino a su existencia en piedras históricas ya que se trata de un símbolo muy abundante en templos, castillos, escudos, estandartes, etc.

El verbo "colgar" para el nido no resulta muy ortodoxo por lo que respecta a los que construyen estas aves. Claro que no pretendía el poeta hacer historia natural sino literaria. Por esta causa, como se verá más adelante, casi todos los nidos resultan para él "colgados".

ALAZÁN.—"Jinete en un poderoso alazán."

La corza blanca.

El nombre de alazán que da Bécquer a este caballo de *La corza blanca* probablemente no está utilizado en función del color. El color alazán, rojizo, parecido a la canela, determina al caballo de pelo de esa tonalidad, pero no hay razón alguna para suponer al escritor, que cita caballos y corceles con mayor profusión que cualquier otro animal, sin discriminación de tipos ni colores, haciéndolo en esta ocasión única. Más bien parece que se trata de una manera distinta de citar el caballo para evitar reiteraciones.

ALONDRA.—"Trinos de alondras que se levantan gorgojeando

entre las flores como una saeta despedida a las nubes.”

Maese Pérez, el organista.

“Los que no, subían cantando como suben las alondras en las mañanas de abril.”

Creed en Dios.

“Mi sol, dice, no es el sol de la alondra.”

Pensamientos.

“Yo canto con la alondra.”

Rimas.

“Las pintadas
alondras ensayando
su canto en las vecinas enramadas.”

Oda a la señorita Lenona en su partida.

Una característica de la alondra es su particular canto precisamente al levantarse del suelo en la primavera y en el verano. Su despegar rápido y sonoro, del trigal o del monte bajo, aun cuando queda también, en lo poético, de entre las flores, es de una gran emotividad para los amantes de la Naturaleza directamente contemplada. En *Maese Pérez* constituye una hermosa imagen para explicar la emoción que llenaba el alma al escuchar la maravillosa música de aquel órgano. Más que por la continuidad de la música, que se pierde pronto en el volar de la alondra, por la idea de ascensión de la misma.

Es exagerada, como realidad materialista, la metáfora de “saeta despedida a las nubes”, ya que el vuelo del pajarillo no responde ni en dirección ni en velocidad a ese concepto. En cambio conviene perfectamente a la intención sentimental.

Muy bonito, en *Pensamientos*, aquel sol que no era el de la alondra, el del despertar universal, sino uno más íntimo y específico: el especial en el cielo de unos ojos.

ANADE.—“Fuentes egipcias y chinescas, con peces, ánades...”

El Retiro,

Estos ánades, adornos de las fuentes, contribuían al embobamiento de las gentes sencillas que iban a pasear por el Buen Retiro. Es la única vez que aparece esta ave, así como el pato, esto es, la misma con otro nombre, en la obra de Bécquer, y tanto una como otra, para señalar adornos y no el animal propiamente dicho.

ARAÑA.—“Se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.”

Las hojas secas.

“La doliente historia de una araña negra.”

“Vamos a la de la araña.”

“La araña vivía en el claustro.”

“De debajo de aquella cosa sin nombre, que era su habitación, salió la araña. Una araña horrible, negra, velluda, con las patas cortas y el cuerpo abultado y glutinoso.”

“La pobre araña.”

“La pobre araña.”

“Después que hubo muerto la araña.”

“En cuanto a la araña.”

“¿Por qué han de ser tan feas las arañas?”

Historia de una mariposa y una araña.

Basta leer los párrafos recogidos de la “Historia” para entender una posición estético-caritativa becqueriana. La araña es fea, repulsiva. Su breve descripción, “horrible, negra, velluda...”, la sitúa con facilidad en la esfera de un pequeño monstruo que el poeta no puede soportar. Sin embargo, dirá dos veces “la pobre araña”, “la pobre araña”, en una lamentación sincera a partir de su actitud irrefrenable para con ella: matarla. Al fin termina con una pregunta que explica el fatalismo: ¿por qué han de ser tan feas? La fealdad no puede justificar un acto de violencia material pero para un temperamento sensible, con alma en perpetua búsqueda de la belleza, constituye un elemento perturbador y entonces... Entonces hace la pregunta para él tranquilizadora.

La frase de “Las hojas”, al hablar de los hilos de oro, obedece a que la impresión de la tela de araña que tiene Bécquer la ha recibido de día. La escena, sin embargo, corresponde a la noche, cuando, a la luz de la luna, se platean los hilos. De día,

en cambio, y reflejando el sol, son de oro las finísimas tramas hechas con los hilos por las arañas campesinas.

ARENQUE.—“Ristras de ajos y sartas de arenques.”

El Carnaval.

Bécquer, en sus comentarios sobre el Carnaval, abomina de esa fiesta con todas las razones que encuentra a su alcance. Comparativas e inmediatas. Por eso busca algunos detalles poco estéticos para describir facetas y hace la cita de los ajos y los arenques. El arenque, en efecto, aun cuando vivo se trata de un bonito pez plateado, muerto y en “arenque”, se transforma en una presencia nada grata a la vista, al tacto e incluso al olfato. Para el gusto reserva algunas consideraciones saladas muy agradables para sus aficionados.

ARMIÑO.—“Broches de esmeralda y oro
que un blanco armiño sujetan.”

El libro de los gorriones.

El armiño no es sólo el animal carnicero cuya piel, en invierno, al hacerse totalmente blanca, le condena a la muerte para presunción de damas y ganancias de peleteros. Es, también, el símbolo de la blancura desde el punto de vista literario e incluso, desde el histórico, de la realeza. Se verá, por tanto, citado casi siempre para esas circunstancias ajenas a su quehacer zoológico.

ASPID.—“Sintió que el áspid de los celos.”

La corza blanca.

El poeta, que se encuentra con las serpientes en distintas formas y por varios motivos, lo hace con el áspid una sola vez y para vincularlo a los celos. En otro lugar dirá que el amor sin los celos es un paraíso sin serpiente. El áspid, siempre citado por la virulencia de su veneno, en recuerdo de la hermosa Cleopatra, es un buen símbolo para determinar el envenenamiento del corazón cuando los celos se apoderan de él.

AZOR.—“Bajo los montes muy altos
un azor vide volar.”

Roncesvalles.

“De los rudos hombres de armas y de la gente menuda del castillo, que adiestran a volar a los azores.”
Castillo real de Olite.

“Internándose por un monte solitario con el azor en el puño.”

“Pero el azor, que al caer herido su dueño, se había escapado volando.”

“La percha del azor”, nombre que se ha conservado hasta el día.”

Sepulcro de Raimundo Berenguer en la Catedral de Gerona.

El azor es el ave más prestigiosa en las historias caballerescas. En estas citas becquerianas constituye un detalle precioso para establecer el clima con justeza. Como un adorno puntualiza escenas y situaciones abriendo unas ventanillas para alumbrar los sucesos.

No recordamos la existencia de “la percha del azor” nombrada en la historia de Raimundo Berenguer. Esto no quiere decir que se niegue su realidad, comprobada, al parecer, por el escritor. En cambio la catedral de Gerona tiene una puerta, por donde se sale al claustro, adornada con un azor de piedra, que antes fue de madera, y que obedece a la leyenda de la perseverancia del ave tras el cadáver de su dueño hasta el punto de morir de dolor y de hambre, en el lugar donde hoy está petrificada, en su homenaje, su reproducción. Quizá lo anotado por Bécquer pueda acoplarse a esta circunstancia.

— B —

BENGALÍ.—“El grito breve y agudo del bengalí.”

El caudillo de las manos rojas.

El bengalí es un pájaro pequeño, de pico cónico y alas puntiagudas. Bécquer lo cita en *El caudillo* lógicamente como un derivado más de las lecturas que le sirvieron para encuadrar la leyenda. Es acertada su presencia en un escenario de hechos tan fantásticos.

BOA.—“Los Senwauds, bosques sombríos donde el boa se desliza con el rumor de la lluvia.”

“Fascinado e inocente como el ave atraído por el boa.”

“Entre mi vida y los anillos del boa gigante.”

“La longitud es ya treinta veces mayor que la del boa secular que se despierta de dos en dos lunas sobre las márgenes del Sitpuri.”

El caudillo de las manos rojas.

La serpiente conocida con el nombre de boa está nombrada siempre en masculino cuando, en realidad, debía estarlo en femenino. Eso puede obedecer a una fórmula íntima para conseguirle una mayor fuerza, masculina, terrorífica e impresionante. No es ya una serpiente, sino el boa, en concreto. Los ofidios de este nombre son americanos y pueden llegar a tener ocho metros y en ocasiones, hasta diez de longitud. El hecho de situarlos en la India no es inconveniente grave si se tiene en cuenta la variedad de animales semejantes que pueden describirse en distintas partes del mundo, máxime cuando el de Bécquer está ayudado por la fantasía. La atracción hipnótica propiamente dicha no corresponde a esta serpiente, cuya alimentación directa obedece a la rapidez del ataque, luego de una inmovilidad que la hace pasar inadvertida. El boa en este caso es, como se desprende de la lectura de *El caudillo*, un producto creado por la imaginación más que una copia del natural.

BORRICO.—“Cargas que tenían sobre algunos borriquillos pequeños, huesudos y lanudos, trabé conversación.”

“Cantando a grito herido e interrumpiendo su canción para arrear al borriquillo en que conducen la carga de leña.”

“Emparejados con el borriquillo que conduce la leña y saltando de una piedra a otra.”

Desde mi celda. Carta V.

“Gitanos que esquilan un borriquillo.”

La Feria de Sevilla.

Siempre está tratado cariñosa, acaso piadosamente, este animal: borriquillo. Esos pequeños, huesudos y lanudos nos llevan a “platerillos” simpáticos y nos traen al recuerdo otro poeta de constitución lírica becqueriana.

BUEY.—“Aquí rumian los bueyes acostados junto a las carretas.”
La picota de Ocaña.

Es sólo una línea pero para quienes hayan visto la estampa viva de la carreta con los bueyes echados junto a ella, precisamente junto a ella, en un constante rumiar, es toda una definición. En las nueve palabras hay un cuadro en muchas partes pretérito y, en algunas, aún en vigencia costumbrista.

BÚFALO.—“Traedme el escudo reforzado con las siete pieles de búfalo.”
El caudillo de las manos rojas.

Es probable que el reforzar el escudo con siete pieles de búfalo tenga su explicación en que la piel de estos animales da lugar a un cuero muy grueso, y apropiado, por consiguiente, para dar a las defensas una gran seguridad. Sería imposible traspasar estas siete pieles con una lanza o un venablo.

BUHO.—“El buho escoge para su guarida los altos mechinales.”
Tres fechas.

“Los gritos del buho que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedras de una imagen”.

“Y el grito del buho escondido”.
El Miserere.

“Los buhos que espantados me seguían con sus ojos de llamas, llegaron a mirarme con el tiempo como a un buen camarada”.

Rimas.

“Y ensaya el buho agorero su fatídico graznar”.
¡Las dos!

El buho es tenido por animal de mal agüero, sobre todo en su graznido nocturno. El poeta lo recoge así en “¡Las dos!”. No obstante, en la rima, los buhos llegaron a ser camaradas a través de la desgracia y para dulcificarla. Incluso en “Tres fechas”, cuando lo sitúa en los altos mechinales, dice que asustan sólo a las viejas y a los chiquillos. Bécquer conoce bien al buho, y seguramente lo ha oído graznar más de una vez. Quizá bajo un nimbo de piedra.

BULBUL.—“El bulbul, sobre las ramas de un penachudo tapilot, entona un canto melancólico y suavísimo”.
El caudillo de las manos rojas.

Debe recordarse que el bulbul no es un pájaro determinado, sino el nombre que en algunos países se da al ruiseñor. Por eso es su canto melancólico y suavísimo, en la descripción becqueriana, como corresponde al cantor por excelencia. Como elemento decorativo de “El caudillo”, junto con el bengalí, procede de lecturas ambientadoras.

— C —

CABALLO.—“Y se colocaron los compases entre las piernas a guisa de caballo”.
La creación.

“Confuso tropel de hombres y caballos”.

“¡Sus! ¡Relámpago! ¡sus, caballo mío!, si lo alcanzas mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro”.

“Caballo y jinete partieron como un huracán”.

“Señores, vosotros lo habéis visto; me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle”.
Los ojos verdes

“Hizo entrar a toda su endiablada comitiva con caballos y jerifaltes, en la iglesia de una aldea de sus dominios”.

“Tras él fueron sus servidores, y con sus servidores, los caballos”.

“Hundió su acicate de oro en el ijar del caballo, que partió al galope”.

“Volviendo a hundir por centésima vez el acicate en el sangriento ijar de su caballo”.

“Dejó de percibir el ruido que producían los cascos del caballo al herir la tierra”.
Creed en Dios

“Pedro besó la frente de Margarita, desató su caballo y se alejó al galope”.

“Luego, envueltos en la nube de polvo que levantaba el casco de sus caballos”.

“En lo más reñido del combate, mi caballo, herido y lleno de furor”.

“El caballo estaba a algunos pies de distancia del muro de hierro; vi una mano que...”

La promesa

“Mandó echar pie a tierra a su gente, y hombres y caballos revueltos, fue acomodándola como mejor pudo”.

“El ruido de los caballos que piafaban impacientes”.

El beso

“Una vez agujoneada, la imaginación es un caballo que se desboca, y al que no sirve tirarle de las riendas”.

“Sea de ello lo que quiera, *ahí va*, como el caballo de copas”.

“Los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos”.

“He combatido con ellas día y noche, a pie y a caballo”.

“A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope”.

El monte de las ánimas.

“¡Si yo tuviera alguien a quien querer con toda mil alma! Una mujer, un caballo”.

“Si pudiera comprar un caballo. ¡Un caballo! ¡Un caballo!”

“Uno de los picadores frotaba las piernas de uno de los caballos. El caballo no parecía del todo despreciable”.

“Buscó al asentista, ajustó el caballo y se quedó con él”.

“Llevo el caballo, pero el caballo, en efecto, estaba o parecía estar loco”.

“El caballo seguía en sus trece”.

“El caballo no era viejo, y comenzó a engordar y a ser más dócil”.

“Andrés sabía cuándo el caballo tenía ganas de hacer una cosa y cuándo no”.

“Mientras acariciaba con la otra daba a su caballo un puñado de hierbas”.

“Montó en su caballo y se dirigió a la aldea”.

“Cuando se vio rico, con su mujer y su caballo, creía que soñaba”.

“Entró un momento en la cuadra, vio a su caballo. El caballo relinchó tristemente”.

“Mi caballo. ¿Dónde está mi caballo?”

“Ve las señales del casco de su caballo”.

“¿Habéis visto a un hombre a caballo con una mujer a la grupa?”

“Mirad el caballo que la conducía, que cayó aquí reventado en efecto, su caballo, su querido caballo que se disponían a desollar”.

¡Es raro!

“Actividad nerviosa que no halla en qué emplearse; sin rienda que lo guíe caballo volador”.

Rimas.

“Como un caballo de raza impaciente hasta ver que cae al suelo la cuerda que lo detiene en el hipódromo.”

“Las campanillas del caballo delantero.”

Desde mi celda. Carta I.

“El lejano rumor de los pasos de su caballo.”

Desde mi celda. Carta II.

“Detuvo por la brida el caballo de su señor.”

“Hacia los que ya apenas se distinguían entre la nube de polvo que levantaban los caballos.”

“Cruza al galope el puente de una fortaleza, y entonces retumba el golpear del casco de los caballos.”

“¡Pronto, mi caballo más ligero y a Trasmoz!”
Desde mi celda. Carta VII.

“Y todas a caballo sobre sus escobas, los habitantes de Trasmoz, veían pasar una bandada de viejas.”
Desde mi celda. Carta VIII.

“Y en piadosa procesión conduciendo los caballos del diestro.”
Desde mi celda. Carta IX.

“Cuando ambas hubieron subido a la carretela, partieron los caballos.”
El aderezo de esmeraldas.

“Acabaron Calígula y Nerón cuajando de ellas los avios de sus caballos.”
Las perlas.

“Apartado del camino
por un valle muy cerrado
vi venir a un caballero
en un herido caballo.”
Roncesvalles.

“De los rudos hombres de armas y de la gente menuda del castillo enfrenan los caballos.”
Castillo real de Olite.

“Hasta los caballos del grotesco carro.”
La noche de Difuntos.

“Que a caballo regalado no hay que mirarle el diente.”
Memorias de un pavo.

“Mirar creía con el ardoroso
polvo que mi caballo levantaba!”
Fragmentos.

“Vienen sobre caballos aderezados al uso del país.”

“Haciendo crujir el colgadizo puente con la pesadumbre de sus caballos vestidos de hierro.”

La nena.

“Así diciendo se apeó del caballo y comenzó a llamar.”

“El ventero se ocupaba en quitar las sillas a nuestros caballos.”

Un lance pesado.

“Cuando el marqués de Villena supo su llegada escapó en un caballo.”

“Éste, que apenas juntaba quinientos caballos.”

“Reunió, pues, hasta dos mil caballos.”

“San Martín, deteniendo su caballo a la vista de un mendigo...”

San Juan de los Reyes.

“Semejante al de la fatigosa respiración de un caballo después de una carrera muy larga.”

Caso de ablativo.

“El inconmesurable abdomen del caballo que la sustenta.”

La Plaza Mayor.

“Y no di vueltas en los caballitos de madera temeroso de marearme.”

Los Campos Eliseos.

“Y el caso de los caballos.”

El Carnaval.

“Ora deteniéndose en dar agua al caballo de la fuente de una aldea.”

La salida de la escuela.

“Vistosos grupos de majos a caballo llevando las mujeres a las ancas.”

“Un caballo inglés.”

“Sino como rara excepción el caballo enjaezado al estilo de contrabandista.”

“Sobre un caballo con jaez de caireles.”

“Los vaqueros sobre caballos del país.”

“Los incansables caballos del ti vivo.”

La Feria de Sevilla.

El caballo es el animal más nombrado por Bécquer a lo largo de toda su obra. No solo con esa denominación sino también con la de corcel, palabra que figura en su lugar correspondiente. Esto es lógico si se tiene en cuenta que el poeta inmortal es autor de leyendas e historias caballerescas, todas ellas necesitadas de este protagonista excepcional.

Bécquer no discrimina entre caballo y corcel en la mayoría de los casos. Utiliza los nombres distintos para evitar repeticiones y monotonías sin fijarse en la diferencia esencial que pueda existir en determinadas ocasiones. Por ejemplo, el caballo de *Los ojos verdes* es innegablemente, un corcel. Claro que todos los corceles son caballos aunque no ocurra lo contrario, pero, puesto que el escritor establece una diferencia, es preciso reconocer que no aplica los nombres con absoluta propiedad. Salvada esa pequeña, pequeñísima circunstancia, la presentación del caballo resulta completa. Están recogidas sus facultades, sus momentos y actitudes con toda precisión. Por eso aparece la velocidad, la furia, la obediencia, la impaciencia, la fatiga. Por eso nos dice del piafar, y, con constancia definidora, del galopar. Por eso hay desde la herida hasta la muerte.

El caballo hace acto de presencia completamente y es personaje principal en *¡Es raro!* Ahí está el caballo auténtico. Tratado con sencillez, comprensión y cariño. Desde la lectura de las frases se puede asistir a la evolución emocional del caso y a la gran categoría argumental que el caballo adquiere en esta ocasión.

Una fórmula curiosa, gramaticalmente considerada, es la del empleo de la palabra ijar utilizada en singular cuando se trata de espolear a “un” caballo. Y el uso de ijares cuando el caballo está en plural, esto es, cuando son varios los espoleados: “caballos”. En cambio ha utilizado el singular para casco estando en plural caballos, salvo en la carrera de *Creed en Dios*, en que escribe cascos, en plural, y caballo en singular.

Como elemento metafórico, imaginativo o comparativo el caballo está citado varias veces. Ya no se trata, naturalmente, de animales. Los “compases a guisa de caballo”; la imagen de la imaginación como caballos desbocados; el poético caballo volador; los de madera de los caballitos verbeneros; las escobas

aprovechadas por las brujas para sus fantásticas equitaciones; el refrán de no mirar el diente a caballo regalado, y hasta la crítica, valedera hoy mismo, del abdomen inconmensurable y la observación simpática y nada fácil del *ahí va* del caballo de copas. En estos dos últimos casos vamos a detenernos unas líneas.

El caballo a que se refiere es el de la estatua de la Plaza Mayor de Madrid y Bécquer comenta: del caballo que la sustenta —se refiere a la efigie de Felipe III— por solo esta particularidad famoso. Es decir que la gente admiraba más bien que la belleza de la estatua el abdomen del animal, a todas luces desproporcionado.

En cuanto al *ahí va* del caballo de copas, aparecía ya en esa carta en el siglo XVIII sin la hache. Esto es: *ai va*. En el XIX, cuando lo recoge Bécquer, ya tiene la hache y se usa sólo en las barajas de tipo popular. Como curiosidad añadiremos que en la actualidad ya no figura por una razón puramente industrial: las fábricas de Madrid, Andalucía y Levante que consignaban esas dos palabras han desaparecido y eran sólo las de esas circunscripciones las que ponían en el naípe el humorístico *ahí va* aunque no se sepa a punto fijo cómo y por qué empezaron a usarlo. Ni cuál.

CABRA.—“Como en el cuento de las cabras de Sancho.”

Un lance pesado.

“Esto no es camino de hombres, sino de cabras.”

Un tesoro.

Recuerda Bécquer el diálogo entre Don Quijote y Sancho Panza cuando éste propone al Caballero como condición para que el cuento de las cabras pueda terminar, que no olvide el número de ellas pasadas de una orilla a otra en cualquier instante en que lo pregunte. Naturalmente Don Quijote no lo sabe, llegada la ocasión, y la historia se da por terminada en ese mismo punto. Es decir, sin final. Cap. XX de la primera parte. La frase de *Un tesoro* es la normal para indicar los peligros de un camino.

CAN.—“Escuchándose doliente
el ronco aullido del can.”

¡Las dos!

Exagerando un poco la aproximación al realismo y si no se tratara de un verso, podría rechazarse la palabra ronco para el aullido del can, luego de la justísima de doliente. El aullido, en términos generales, es más bien prolongado quejido que sonido ronco.

CÁRABO.—“En lo que gime en las torres
el cárabo lastimero.”

¡Las dos!

“La noche ha tendido su velo de sombra,
el cárabo gime con voz sepulcral.”

A Quintana.

De las dos veces que se halla citado el cárabo, es la segunda, la de la oda a Quintana, la que mejor lo sitúa en su ambiente. El cárabo es el autillo, una especie de lechuza que vive más en los bosques que en las torres. Su grito es, en efecto, lúgubre. Por tanto, lastimero y sepulcral, no son sólo palabras dentro de las poesías.

CARACOL.—“Con los terribles bramidos del caracol sagrado.”

El caudillo de las manos rojas.

“Se esconden otra vez bajo los puestos como el caracol en su concha.”

La Feria de Sevilla.

Como puede observarse no hay aquí ningún caracol verdadero. El de *El caudillo* es un ser fantástico como casi todos los de esa leyenda. El de *La Feria* es la explicación de cómo los feriantes se recogen en sus pequeños tenderetes. Y es bonita la sugestiva comparación.

CIERVO.—“Herido va el ciervo, herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas.”

“Y el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.”

“Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de...”

“Primero perderé el ánimo en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo.”

“Desde que recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de soledad.”
Los ojos verdes.

“Los ciervos braman espantados.”
El monte de las Animas.

“Ofrecía seguro abrigo a los ciervos que vagaban por aquellas soledades en número prodigioso.”

“Cuando de repente una cierva y como burlándose de ellos...”

“Como es de suponer la cierva se perdió en lo más intrincado del monte.”

Desde mi celda. Carta IX.

“Los ciervos que discurren por estos montes, se han dado de ojo para no dejarlo en paz.”

“El bramido de los ciervos.”
La corza blanca.

El ciervo, en los relatos legendarios, forma una trilogía perfecta con el perro y el caballo. Cazar el ciervo, perseguirlo sin piedad, considerar su captura y su muerte como un hecho notable, era misión de los caballeros. “Primero perderé el ánimo que consentir que se me escape ese ciervo” dirá el protagonista humano de *Los ojos verdes*. Porque en esa hermosa leyenda hay otro protagonista y es precisamente el ciervo. Constituye el fundamento de la narración. La persecución del animal por Fernando de Argensola es fabulosa. Entre la primera frase y la última —“herido va el ciervo” y “desde que recobré el ciervo”— está toda la trama como un guión para recordar la emocionada angustia de la caza y la tristeza de alma del final.

“Han flaqueado sus piernas”. Las piernas. Bécquer, en ésta y al parecer en casi todas las ocasiones que se le presentan, como se verá en el elefante y otros, no dice las patas para las extremidades de los animales. Escribe las piernas.

En cuanto al ciervo, si el lector separa los diferentes encuentros con él, para analizarlos con cuidado, lo verá saltando

lenticos, brincando con gracia y potencia, bramando espantado, vagando en la paz de una manada y, en suma, con estampas vivas de sus actividades en razón de su presencia colorista y espectacular en los bosques.

CIGÜEÑA.—“Las cigüeñas cuelgan sus nidos en la veleta de la torre.”

Tres fechas.

En el comentario sobre el águila ya se señaló esta manera de situar los nidos: colgados. Este de la cigüeña no obedece más que a un sentido puramente poético y, desde luego, encantador. Es raro que la cigüeña no aparezca más veces en la obra de Bécquer tratándose de una de las aves que tuvo que ver con especial frecuencia. Y que tanto merece ser recordada.

CISNE.—“Brahma, apeándose del gigantesco cisne que lo paseaba por el cielo, se retiró al fondo de su santuario.”

“Tornó a montar sobre su cisne con el objeto de tomar aire.”

La Creación.

“Tu voz es de los cisnes la armonía.”

Rimas.

“Caídas de raso azul guarnecidas de plumas de cisne y encaje negro.”

Revista de salones.

El cisne, como vehículo de Brahma para cruzar los cielos, es poéticamente fastuoso y de una ambientación logradísima. En cuanto al verso referido a la voz, hay que considerar dos posibilidades: que la voz sea armónica, como lo son los cisnes, o que haya querido expresar que la voz es armónica como la de los cisnes. La rima dice lo primero, pero como se trata de poesía y cierta legendaria creencia otorgaba a los cisnes un canto delicioso, podría haberse escrito con la segunda intención. Para este supuesto debe aclararse que los gritos o silbidos de las diferentes especies de cisnes no pueden considerarse armoniosos. Más bien todo lo contrario. Como excepción hay una, propia del norte de Europa, que podría acogerse a esa idea. No es fácil que en la rima recordara a ese cisne particular. Es, pues, mejor

atenerse a la letra y considerar que la belleza del cisne, en sus proporciones armónicas, ha servido al poeta para valorar la voz. Sin embargo...

COCODRILO.—“Verde, como las hojas de las plantas acuáticas que lo esconden a los ojos del viajero.”

La Creación.

“Restregándose los ojos y enseñando al bostezar una caja de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo.”

El rayo de luna.

Es curiosa la comparación para con los dientes del cocodrilo. El escudero a cuya caja de dientes se refiere debía tenerlos decididamente feos y de horrible apariencia, si entendemos que los cocodrilos envidiarán las bocas cuyos dientes sean muy fuertes y abundantes pero en ninguna forma hermosos ni bien distribuidos.

CÓNDOR.—“Que los cóndores le traen su alimento.”

“El salvaje grito de los cóndores que se lanzan a las nubes como una flecha disparada.”

El caudillo de las manos rojas.

La cita del cóndor no es muy afortunada. El tamaño de este ave y las leyendas que siempre ha sugerido la han hecho acreedora de un conocimiento anecdótico. Ya Julio Verne dijo que se llevaba entre las garras a un muchacho y el cóndor no tiene garras apropiadas para ello.

Bécquer lo sitúa en la India que no es su patria natural y, al propio tiempo le atribuye un lanzamiento hacia las nubes como una flecha, cuando el cóndor tiene bastantes dificultades para alzarse del suelo. Lo que sí hace es mantenerse muy bien en el aire y habitar preferentemente en sitios altos para facilitarse la arrancada al vuelo dejándose caer.

CORAL.—“Las rocas submarinas llenas de perlas y corales.”

A la claridad de la luna.

“Del fondo del Océano, con sus árboles de coral.”

El calor.

Se mantiene la cita del coral por entrar de lleno en la parte de la Zoología que trata de los celenterados. El coral fue pri-

mero considerado como del reino mineral, más tarde del vegetal y, por último, del animal. De las dos frases la primera es imaginativa.

CORCEL.—“Corcel de nieve.”

“La imaginación de los muchachos es un corcel, y la curiosidad, la espuela que lo agujonea.”

La Creación.

“Hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares.”

“Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera.”

Los ojos verdes.

“El polvo de oro que levantan sus corceles en el pavimento de los cielos.”

El caudillo de las manos rojas.

“Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían ora el relincho de un corcel que piafando hacía sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.”

El rayo de luna.

“Estos, aderezando sus corceles y sus armas y disponiéndose para el combate.”

“Piafar de corceles.”

“Escuderos caracoleando en sus corceles ricamente enjaezados.”

El Cristo de la calavera.

“Caía la visera del casco y jinete sobre un corcel poderoso.”

“Preguntó el barón subiendo a su corcel.”

“Su corcel, más ligero o más castigado que los de sus servidores, seguía tan de cerca a la res.”

“En aquel instante el corcel se detuvo, flaquearon sus patas. Había muerto de fatiga.”

"Se presentó a sus ojos un paje que traía del diestro un corcel negro como la noche."

"El corcel corría, corría sin detenerse."

"El corcel corría, corría sin detenerse."

"Cuando Teobaldo dejó de percibir las pisadas de su corcel y se sintió lanzado al vacío, no pudo reprimir un involuntario estremecimiento de terror."

"Había creído que su corcel corría desbocado."

"El corcel corría, o mejor dicho, nadaba en aquel océano de vapores caliginosos y encendido."

"Y arrancado del corcel y lanzado al vacío como la piedra candente que arroja un volcán."

"Le encontró en el mismo bosque donde cayó muerto su corcel."

Creed en Dios.

"Nos maravillamos al veros tornar, sabiendo que ya el corcel no obedecía al jinete."

La promesa.

"Con el choque de sus armas y el ruidoso golpear de los cascos de sus corceles."

El beso.

"Caballeros sobre osamentas de corceles."

El monte de Las Animas.

"Brillante rienda de oro que poderosa enfrena de la exaltada mente el volador corcel."

Rimas.

"Tocó el ijar de su corcel con el acicate y se alejó seguido de sus capitanes."

"Envuelta en el jirón de un sudario, sobre un corcel fantástico y amarillo."

Desde mi celda. Carta VII.

“Sobre el radiante corcel de la fantasía.”

“Cuando el choque de las armas y el bufido de los corceles.”

“Allí el de un corcel fantástico.”

“El sonoro golpear del ferrado casco de los corceles.”

San Juan de los Reyes

“Y apeándose de su corcel, penetró en el templo.”

El Cristo de la Luz.

“Bufa contenida como un corcel sujeto por el jinete.”

Caso de ablativo.

Todo cuanto se explicó en la voz “caballo” es aplicable, en términos generales, a corcel.

Así como en “¡Es raro!”, el protagonista, según vimos, es el caballo; en “Creed en Dios” lo es el corcel sin que quepa lugar para el caballo, aún cuando alguna vez se denomine así para evitar repeticiones.

Si se hace la prueba de la lectura de las distintas frases de “Creed en Dios”, se llega también a un conocimiento argumental previo y, sobre todo, a la situación de inquietud permanente del jinete ante las vicisitudes a que le lleva el corcel segundo, luego de la muerte del primero.

Las metáforas se repiten: “corcel de nieve” para el cisne; “la imaginación es un corcel”; “el corcel de la fantasía”, etc. Si allí hubo un “caballo volador”, aquí hay un “volador corcel” y osamentas de corceles para espanto de quienes se internaron en aquel monte donde mandaban las ánimas.

No se puede prescindir del breve comentario hecho al caballo si se quieren entender algunas de las frases e intenciones de las recogidas para corcel.

CORDERO.—“Hasta unos cien corderos blancos como la nieve.”

“Una gran voz, acompañada de un silbido para que se agruparan los corderos.”

“Vuélvete a tus corderos, que empiezan a desmandarse por la cañada.”

“Cuando llevé los corderos al agua a la orilla de este río.”

"Blanca como el vellón de un cordero."

"Reunir a pedradas a los corderos."

La corza blanca.

"Cenado de pie como los israelitas cuando despachaban el cordero pascual."

Caso de ablativo.

Hay dos temas en la brevedad de las citas: uno, la idea de rebaño y de su manejo; otro, el de la blancura. La imagen es plural y el color inmaculado. Cien corderos, agruparlos, reunirlos... La nieve, el blanco vellón...

En Valladolid cenaron de pie, y de ahí el recuerdo con la palabra "despachaban", para dar más agilidad a la comida en ruta de los israelitas.

Corzo.—"Una corza blanca como la nieve salió de entre las matas."

"Una tropa de corzas de su color natural."

"No hables de tus encuentros con los corzos amigos de burlas."

"Repitió las palabras de la corza blanca."

"Todo eso de hablar las corzas."

"Una corza blanca bien puede haberla."

"¡Si yo pudiese coger viva una corza blanca!"

"Es verdad que la corza blanca existe."

"Déjate de cacerías nocturnas y de corzas blancas."

"Y antes de reponerte del susto, ya ha desaparecido la corza blanca."

"Para el caso de que se encontrase de manos a boca con el demonio convertido en corza blanca."

"Debía aguardar la aparición de las corzas."

La Cruz del Diablo.

“En donde, según sus cálculos, debían aparecer las corzas.”

“Vió aparecer las corzas.”

“De modo que parecía no tocar el suelo con los pies, iba una corza blanca.”

“Ni en la forma de las corzas.”

“El punto donde se hallaban las corzas.”

“Para que las corzas estuviera ya dentro del río, a fin de hacer el tiro más seguro.”

“Las corzas habían desaparecido.”

“No oyó el bullicioso tropel con que las tímidas corzas.”

“La corza blanca, deseando escapar, por el soto.”

“La corza blanca había aprovechado aquellos instantes.”
La corza blanca.

La corza es, como el propio título de la leyenda indica, la protagonista irracional de la narración. Sólo en “La corza blanca” aparece este precioso y poético habitante de los bosques, y ocurre, como en otras ocasiones ya citadas, que de la lectura de los párrafos escogidos para el “diccionario”, se puede seguir, sólo hasta cierto punto, claro está, una buena parte de la historia sentimental. Queda en suspenso absoluto el desenlace y en la avidez el deseo de conocerlo, pero se trata de que, como consecuencia de esta “introducción”, los lectores acudan a los textos becquerianos para disfrutar de sus bellezas.

Cuco.—“Sino que, ¡horror!, los tenían hasta de cuco.”

Entre sueños.

Esta cita del cuco, última palabra de una graciosa narración, está referida a los relojes de esta clase en que una imitación del pájaro nombrado sale a cantar, de tiempo en tiempo, intentando más o menos la voz de la avecilla.

CUERVO.—“Sobre los peñascos en que se estrellaban las encrespadas olas tiene su nido un cuervo.”

“Cayendo de rodillas ante el aéreo nido del cuervo de la cabeza blanca.”

“El cuervo, abandonando su guarida, dice así al caudillo.”

“El cuervo de la cabeza blanca se remontó en los aires, dejándose caer al pie del promontorio, donde espera a que baje el caudillo.”

“No temas —responde el cuervo— el dios que nos envía cuidará de nosotros desde su elevación.”

“El cuervo prosigue así: ¿Ves allá entre los espesos cañaverales?”

“El cuervo sigue a la llama y el príncipe al cuervo.”

“El cuervo prosigue.”

“Yo era lo que soy, un cuervo.”

“Que pedí volver a ser cuervo.”

“Cuervo soy y cuervo seré hasta la consumación de los siglos.”

El caudillo de las manos rojas.

“Administrándoles tales palizas que no tardaban en huir como cuervos a la desbandada.”

La calle de la Montera

El cuervo de la cabeza blanca, como se deduce de los textos primeros, es un animal fantaseado a partir de un cuervo auténtico. En la leyenda ha adquirido esta característica singular para poder ocultarse a sus enemigos sin perjuicio de su propia presencia. Al final vuelve a ser cuervo, por su propio deseo, al considerar la ingratitud de los hombres.

Los cuervo de *La calle de la Montera* son sencillamente los golillas de la ronda a quienes acometían los galanes de la famosa “montera”.

CULEBRA.—“Se enroscaba en anillas como una culebra.”

La Cruz del Diablo.

"Las culebras dan horrosos silbidos."

El monte de las Animas.

"Aquella especie de culebra negra y monstruosa partió arrastrándose por el suelo."

Desde mi celda. Carta I.

"Las greñas blancuzcas que se enredaban alrededor de su frente como culebras."

"Se puso en pie con un movimiento tan rápido como una culebra enroscada a la que se pisa."

Desde mi celda. Carta VI.

"Se retorció en el cauce, espumarajeando e irguiéndose como una culebra furiosa."

Desde mi celda. Carta VII.

"Por cuyo flanco trepa rabiosa como una culebra que trepa y se returce."

Las dos olas.

"Arrastrándose como una culebra."

La corza blanca.

Hay una necesidad, en alguna época, muy vinculada al temperamento de los andaluces y acorde con la superstición que se les ha supuesto, de odiar a la culebra hasta el punto de no querer pronunciar su nombre y de combatirlo en el aire con el de otro animal al parecer de eficaz oponencia: lagarto. Particularmente si se invoca dos veces: lagarto, lagarto.

Por eso las descripciones de este reptil, culebra, hechas por un andaluz, han de estar llenas de voces impresionantes. Véanse las muestras anteriores: horrosos silbidos; negra y monstruosa; gerñas que se enredan; retorcimiento espumarajeante; rabiosa; arrastrada... En torno a la culebra, aunque se trate de similares, todo responde a una idea de terror, o, cuando menos, de desagrado. Refleja una sensación colectiva y popular. Véase también una frase que describe con mucho estilismo un movimiento: la de la "Carta VI". "Se puso de pie..."

— CH —

CHACAL.—"Pulo vuelve el rostro y exhala un grito agudo y ligero como el del chacal."

"El grito del chacal."

"El grito del chacal se oye cada vez más próximo."

"El ronco grito del chacal, que, ofuscado por el ardiente resplandor del fuego, rugía en su cueva, temeroso de lanzarse sobre los cadáveres insepultos."

El caudillo de las manos rojas.

El grito del chacal, que materialmente no han podido oírlo muchas personas, lo presenta Bécquer en dos versiones: agudo y ronco. Precisamente en la India se cuenta que determinadas sectas religiosas no enterraban a sus muertos y esto daba lugar a que los chacales merodearan por los lugares donde eran abandonados los cadáveres, para devorarlos. Los ingleses hicieron una interpretación de los aullidos o ladridos con estas palabras: "¡Dead Hindoo! Where, where, where..." Esto es, "Indio muerto. ¿Dónde, dónde, dónde?" Es, por consiguiente, más aceptable el grito agudo que el ronco y desechable lo de rugido en la cueva.

CHICHARRA.—"Interrumpido sólo por el monótono canto de las chicharras."

La Feria de Sevilla.

La chicharra es la cigarra, pero la cicharra, sobre todo en los días de calor, es más chicharra que cigarra. Por encima de todas las definiciones está su canto fuerte, monótono y, sin duda alguna, droga deliciosa y sin peligro.

— D —

DRAGÓN.—"Pululaban millares de criaturas deformes y dragones."

La mujer de piedra.

"Caprichos fantásticos, gnomos, dragones."

San Juan de los Reyes.

El dragón citado por Bécquer es, naturalmente, el animal fantástico a que se atribuye figura de serpiente muy corpulenta, con patas y alas, y de extraordinaria fiera y voracidad. No desde luego, el reptil inofensivo de ese nombre.

DROMEDARIO.—“Los genios que cruzan en numerosas caravanas sobre dromedarios de zafiro y entre nubes de ópalo.”

El caudillo de las manos rojas.

En relación con los dromedarios, aun cuando éstos sean fantásticos, dada su localización quizá debieran ser camellos. El comentarista pide perdón en este instante porque son ganas de jorobar preocuparse por una o dos jorobas en medio de una leyenda hermosa, de complicada construcción ambiental y literaria, y donde aparecen tantos elementos recreados para la emoción del lector.

— E —

ELEFANTE.—“La llanura gime bajo el peso de sus carros y elefantes de guerra.”

“Elefantes en Lahore.”

El caudillo de las manos rojas.

“Los elefantes y las tortugas sostienen los ocho círculos del Edén.”

“Los microscópicos cantores empezaron a trepar por las piernas de los elefantes que sustentan los círculos del cielo.”

La Creación.

“Había visto los elefantes que sostienen los ocho círculos del cielo.”

Apólogo.

“Las silenciosas procesiones de monstruosos elefantes.”

El Cristo de la Luz.

Como ya vimos en otra ocasión, Bécquer utiliza la denominación de piernas en lugar de la de patas para las extremidades de los animales en general. En el caso de los elefantes es más notable por cuanto, dado su volumen, no admiten la circunstancia de un trato estético-carinoso como podría imaginarse que sucedía al hablar de las del ciervo o la corza.

La misión de los poderosos elefantes es, como se repite en diversos relatos, sustentar los círculos del cielo.

ENDRIAGO.—“Aquí un endriago que se retuerce por una columna y saca su deforme cabeza.”

Desde mi celda. Carta II.

El endriago es un derivado del dragón fantástico. Tiene facciones humanas y el resto es un conjunto de fieras. Sería fácil añadir que obedece a la significación antihumana de algunos hombres y mujeres. Bécquer sólo lo vio en el adorno de una columna. Algunos había dejado en Madrid.

ESCARABAJO.—“Escarabajos de esmeralda ¡venid!”

La corza blanca.

Es el coro del sueño por jóvenes-corzas el que canta a Constanza-Corza. Escarabajo de esmeralda es bello deseo de homenaje, pero también puede obedecer a una verdad. ¿Quién sabe los tonos de color de esos animalitos en sus numerosas variedades? Soñaba con la corza-Constanza y las corzas-muchachas el joven enamorado. Y en un sueño...

GALGO.—“Un chico que pesca en el Prado el coche de los galgos para dar dos vueltas.”

Los Campos Eliseos.

Es de suponer que este nombre de coche de los galgos obedeciera a la existencia de algún pequeño cochecito tirado por perros. En un breve recorrido por libros a la mano, no hemos encontrado ese vehículo infantil, arrastrado precisamente por galgos. No obstante reconocemos que la falta de información ha de ser nuestra, sin duda alguna.

GALLINA.—“Cuando vas al pueblo ladras a los muchachos y corres a las gallinas.”

¡Es raro!

“Picoteaban los granos perdidos hasta media docena de gallinas.”

Desde mi celda. Carta I.

“Donde está la piedra está el castillo, como está la gallina en el huevo.”

Desde mi celda. Carta VII.

“Aquella un par de gallinas.”

El mercado de Bilbao.

Hay dos conceptos muy bien expresados en relación con las gallinas. Uno de ellos cuando se dice "corres a las gallinas". El otro es el preciosista de la piedra es al castillo como el huevo a la gallina, que no necesita explicación.

En cuanto a la estampa de las gallinas corridas, es decir, a la utilización del verbo correr, es mucho más clara y precisa esa forma para darse cuenta de la actitud de las aves ante la persecución: alas abiertas, carreras inseguras, cacareo de socorro.

GALLO.—"Y pronto cantará el gallo, trompeta del día."

"En que los gallos de la aldea comenzaron a sacudir sus plumas y a saludar al día."

Desde mi celda. Carta VII.

"Esto se prolongó hasta el agudo canto de los gallos que anunciaron el alba a los habitantes de la aldea."

Desde mi celda. Carta VIII.

"Un gallo que cararea esponjándose orgulloso."

La Venta de los Gatos.

"Aún no clarea la mañana cuando un gallo..."

Memorias de un pavo.

"El gallo canta, y susurra."

¡Las dos!

"Otro gallo me cantara."

El calor.

Es obligado, en todo encuentro con el gallo, su relación con el despertar y el alba. Trompeta del día es una bella metáfora. Pero dentro de esas sencillas descripciones, que pueden considerarse tópicas, hay dos detalles muy bonitos y de una gran capacidad condensadora: sacudir las plumas y esponjarse. En efecto, el primer canto lleva consigo un particular abrir de plumas que responde perfectamente a la idea de sacudimiento. Y el esponjarse con orgullo es una especial manera de sultar cuando el amor le avisa que tiene la responsabilidad de un harén.

GAMO.—"Se descolgó de las peñas con la agilidad de un gamo."

El rayo de luna.

El gamo es un animal ágil y ligero, sin duda alguna, y está citado por esas cualidades en diferentes tipos de obras. No debe parecer, sin embargo, que los gamos viven entre las peñas. Esta especie de ciervo prefiere el monte bajo. La frase de Bécquer debe aclarar la agilidad cierta pero no debe hacer pensar en la vida del gamo entre rocas abruptas.

GATO.—“Amén de un enorme gato sucio.”

Desde mi celda. Carta I.

“La vieja de Lucifer tenía siete vidas como los gatos.”

Desde mi celda. Carta VI.

“Cayó de golpe entre la ceniza en forma de gato gris. Tras el gato gris cayó otro rubio, más otro de los llamados moriscos y hasta catorce o quince. Una vez juntos los gatos. Por último el gato gris que parecía el jefe de la banda.”

“Y los gatos se convirtieron en otras tantas mujeres.”

Desde mi celda. Carta VIII.

“Pensaba en la Venta de los Gatos.”

“Y a propósito de la Venta de los Gatos.”

La Venta de los Gatos.

“Un gato que dormitaba acurrucado junto a la lumbre.”

“El gato gruñía con un ruido particular.”

Un lance pesado.

“Los gatos que se disputaban aquella gata (perdónesenos la comparación).”

La calle de la Montera.

Varias clases de gatos hay en esas frases recogidas para el felino doméstico. En primer lugar están los gatos propiamente dichos: el sucio, por excepción, y el que dormitaba y gruñía, con su ronroneo exclusivo, junto a la lumbre. Luego, el abstracto y superlativo de las siete vidas. Después la algarabía de grises, rubios, moriscos, que eran otras tantas mujeres encantadas. También el que da nombre a una venta clásica. Por último, y ya pide perdón el poeta, el gato de doble intención, porque a aquella mujer, coqueta y encendida, se la disputaban los galanes como los gatos, en su tiempo y razón,

se disputan a la gata en condiciones. Y teniendo en cuenta que todos eran madrileños, aparece la tangente para negar suspicacias. Buen juego.

GOLONDRINA.—“Las golondrinas en los doseles de granito.”

Tres fechas.

“Volverán las oscuras golondrinas.”

Rimas.

“Y las golondrinas, lanzando chillidos agudos, pasan sobre mi cabeza.”

Desde mi celda. Carta II.

“Hasta en el canto lejano de las golondrinas, que cruzaban con vuelo desigual sobre nuestras cabezas.”

Basilica de Santa Leocadia.

“Que a semejanza de las golondrinas, que anuncian la estación templada con su vuelta.”

El Carnaval.

“La alegre algarabía de una banda de golondrinas cuando revolotean espesas como el granizo alrededor de la veleta de un campanario.”

El gnomo.

“Entre cuyos sillares crece la hierba que da sombra al nido de la golondrina, hecho de leves plumas sobre el dosel de las estatuas.”

San Juan de los Reyes.

Bécquer maneja con el nombre genérico de golondrinas dos avecillas diferentes: el avión o vencejo y la golondrina propiamente dicha. Las golondrinas de ciudad, a las que se refiere en la rima clásica, que cuelgan sus nidos en los balcones, no son, en realidad, esas avecillas sino vencejos. En vencejo es más gregario, se manifiesta en grandes colonias y sitúa, en efecto, su nido, bajo aleros de tejados y suelo de balcones en gran cantidad. La verdadera golondrina es más solitaria y su nido lo apoya sobre vigas, o lugares apropiados para ello, en casas de campo o en hogares aldeanos. Por tanto puede afirmarse que son vencejos los de *Tres fechas*; los de la *Rima*; los de *Desde mi celda*; los de la *Basilica de Santa Leocadia*, y los de *El gnomo*. Golondrinas auténticas las de *El Carnaval*, y, desde luego, las de *San Juan de los Reyes* con su nido sobre el dosel.

La semejanza entre sí de estos dos pájaros deliciosos, hace que carezca de toda importancia ese pequeñísimo desvío zoológico del inmortal poeta de las golondrinas.

GORRIÓN.—*El libro de los gorriones.*

El título dedicado a las *Rimas* constituye un homenajepreciadísimo y cariñoso a esta avecilla pícara y simpática, popular y atrevida, que parecía natural tuviera más campo entre las citadas por Bécquer, ya que debió observarla y conocerla bien.

En varias de las rimas citadas podría haberse señalado como obra *El libro de los gorriones*. No se ha hecho así por la forma de confeccionar el “diccionario”, apoyándose en tomos separados y algunos bastante antiguos. Para el objeto del presente estudio no influye en nada esa circunstancia.

GRIFO.—“Sobre el remate de los cuales ondeaban al viento distintas enseñas con escudos partidos, astros, grifos.”

La promesa.

“La disforme cabeza de un grifo asomando entre hojarascas.”

El beso.

“Dar salida a las aguas por las fauces de un grifo.”

La mujer de piedra.

“Sus blasones soportados por ángeles y grifos rampantes.”

Desde mi celda. Carta V.

Es el grifo otro de los animales fabulosos e imaginarios. Tiene medio cuerpo de águila y medio de león. Esto es, está constituido por la conjunción de los reyes zoológicos. Bécquer, cuando dice que las aguas salen por las fauces de un grifo no tiene en cuenta que precisamente la parte de la cabeza es la del águila y que la palabra fauces, bien empleada, ha de referirse a la boca de los mamíferos. Es posible que esta discriminación fuera difícil de precisar en la época en que Bécquer escribió *La mujer de piedra*.

GRILLO.—“Interrumpido sólo por el monótono canto de los grillos.”

La Feria de Sevilla.

Este grillo cantaba al par de la chicharra. El grillo, que puede enjaularse, se convierte en un maxicantor nocturno dentro de una minijaula de juguete. Mejor está la chicharra que el grillo para la hora del sol. Pero, como dice Bécquer, maravillosamente: "recuerda el de la hora de la siesta en Sevilla, que tanto se parece a una noche con luz". Noche con luz... El grillo y la chicharra juntos.

GRULLA.—"Pasan las grullas por el cielo, formando un oscuro triángulo."

"Y después de poner en un pie, como las grullas, a su servidumbre."

Desde mi celda. Carta VII.

"Una banda de viejas, espesa como las grullas."

Desde mi celda. Carta VIII.

Es perfecta la disposición del vuelo de las grullas y la circunstancia de sostenerse sobre un pie. ¡Siempre eludida la palabra pata! Ciertamente que en este caso el dicho popular "sobre un pie como las grullas", por responder a la extremidad de la persona más que a la del ave, tiene una justificación de respeto.

— H —

HALCÓN.—"Los pajes enseñaban a volar a los halcones."

El rayo de luna.

"Y amaestraba a sus halcones."

La corza blanca.

Para el halcón debemos recordar lo dicho en la palabra azor. Ave protagonista en cetrería. Hay muchas clases de halcones, esto es, con muchos adjetivos. Cuando hablábamos del azor lo hacíamos del halcón palumbario.

HIPOGRIFOS.—"Caprichos fantásticos, gnomos, hipogrifos..."

San Juan de los Reyes

El hipogrifo, según los diccionarios, es un animal fabuloso, mitad grifo y mitad caballo. Como el grifo, a su vez, es mitad águila y mitad león, es difícil determinarlo. No obstante algunos

dibujos le hacen aparecer con cabeza de águila y alas en la mitad delantera del cuerpo, que es de león a juzgar por las garras de las patas anteriores. Es, pues, la segunda mitad, la posterior, es decir, una tercera parte del extraño ser, la correspondiente al caballo. Con alguna imaginación puede comprenderse cómo es el hipogrifo.

I

IBIS.—“La cabeza de pájaro que recuerda al ibis de los faraones.”
La mujer de piedra.

El ibis existe como ave zancuda. La de los faraones se cita concretamente, porque los egipcios la divinizaron creyendo que destruía los reptiles que infestaban la región del Nilo luego de sus periódicas inundaciones. Su cabeza histórica no responde exactamente a la cabeza física del ave si la consideramos como elemento zoológico.

J

JABALÍ.—“Te cazo como a un jabalí para distraerme.”

“¡Al Jabalí! ¡Por las breñas! ¡Hacia el monte!”

“¿Por dónde va el jabalí?, preguntó el barón.”

“Pero el jabalí, al que sólo divisaba a intervalos.”

“Había muerto cuando la carrera del herido jabalí comenzaba a acortarse.”

“Se encontró en el mismo bosque donde hirió al jabalí.”
Creed en Dios.

“Ofrecía seguro abrigo a los jabalíes que vagaban por aquellas soledades en número prodigioso.”
Desde mi celda. Carta IX.

“Pan blanco y un trozo de carne de jabalí.”
La corza blanca.

“Colmillos de jabalí y cabezas de adormideras.”
Antigüedades prehistóricas de España.

El jabalí, como el ciervo, era animal muy codiciado en las cacerías caballerescas donde la lucha llegaba a tener caracteres de pequeña guerra con un bando en retirada. El de *Creed en Dios* con su sola presencia, acogida con frenesí por el protagonista, salvó la vida del sacerdote a quien iba a cazar como a un jabalí, para distraerse, el enfadado caballero.

Había muchos caballeros en la época en que don Pedro Atares se enfurecía contra los cazadores furtivos.

Es buena la carne: "Pan blanco y un trozo de carne de jabalí". En cuanto a los colmillos fueron encontrados con muchos otros elementos tenidos por prehistóricos, en una cueva glosada por Bécquer con ocasión de un libro.

JACO.—"Cantando y jaleando al jaco."

La Feria de Sevilla.

El jaco es más bien un caballejo de escasa importancia. El de esta Feria de Sevilla es un recuerdo de los que tiraban de las calesas, ya entonces inexistentes, y a los que el calesero animaba desde la vara de continuo, para estimular su andar y paliar con ofertas orales su cansancio. Bécquer lamenta su sustitución por los coches de punto.

JERIFALTE.—"Hizo entrar a toda su endiablada comitiva con jerifaltes, en la iglesia de una aldea de sus dominios."

Creed en Dios.

En realidad jerifalte debería estar escrito con "g" en lugar de con "j". En ediciones posteriores ya lo hemos visto con "g", pero lo recogimos en un primer encuentro. Es el halcón de mayor tamaño. Pueden verse halcón y azor si se desea ampliar algún detalle genérico.

JILGUERO.—"Después vino la alegre banda de jilgueros a llenar la vida y ruidos del bosque."

Las hojas secas.

"Y el tierno jilguerillo,
lo mismo piden con su trinar sencillo."

Oda a la señorita Lenona en su partida.

Ningún adjetivo más justo que el de alegre para la bandada de jilgueros. Constituye una masa de pájaros traviosos, delicio-

samente inquietos y bullangueros. También su canto —¡exacto: trino!— está recogido en toda su bonita humildad: sencillo.

— L —

LAGARTIJA.—“Una lagartija asoma su cabeza triangular y aplastada y sus ojos pequeños y vivos y huye temerosa al menor movimiento.”

Desde mi celda. Carta III.

Es curioso cómo en pocas palabras, normales, vulgares, puede describirse lo que se ve cuando el que lo ve sabe contemplar y contar. Es exacta la lagartija en ese momento de asomar la cabeza y asustarse. Yo veo ahora, como en una fotografía de situaciones semejantes, a todas las lagartijas con sus cabezas triangulares y ojillos vivarachos.

LEBREL.—“Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carracas.”

“Los lebreles dejaron refunfuñando la pista a la voz de los cazadores.”

Los ojos verdes.

“Comenzaban los pajes a desatar los lebreles.”

“Tras él fueron sus servidores y, con sus servidores, los lebreles.”

Creed en Dios.

“Ejercitaba en los ardides de la caza a sus lebreles favoritos.”

La corza blanca.

“La mesa que hasta tus lebreles abandonan en su saciedad.”

Mi conciencia y yo.

En literatura no es posible utilizar la palabra lebel en su acepción pura, de diccionario intransigente, de perro para correr y cazar liebres. Aunque su nombre así lo indique. Entre otras razones, aparte de lo que sería absurdo idiomático, porque hay lebreles —esto es, perros bien adiestrados— útiles para la caza en general. Incluso hay un lebel llamado Battack que sirve para sacar al ciervo de su escondrijo. Viene esto a cuento de la repetición de ese nombre por Bécquer en algunos episodios

cinegéticos que podrían no ser propios de lebreles y que quedan reflejados arriba. Sustituir perro por lebrél es lícito sobre todo si se realiza porque se establece una cierta vinculación a la caza difícil y complicada cuando se emplea la segunda forma.

LECHUZA.—“La lechuza escoge para su guarida los altos mechinales.”
Tres fechas.

La lechuza, como el buho, vive en los altos mechinales. Mechinal es el agujero que queda en las paredes luego de retirar algún palo que se puso para facilitar la construcción. Hoy no es fácil que existan mechinales donde puedan anidar lechuzas o búhos. Bueno, mechinal, el citado por el poeta, es un hueco cualquiera en lo alto de muros viejos.

LEÓN.—“Cuando abandona su alcázar para acosar en sus dominios al soberbio león.”
El caudillo de las manos rojas.

“Sobre el remate de los cuales ondeaban al viento distintas enseñas con escudos partidos, astros, leones.”

La promesa.

“Dar salida a las aguas por las fauces de un león alado.”

La mujer de piedra.

“La espada sobre el pecho y un león a los pies.”

Desde mi celda. Carta III.

“los estandartes despliegan
de flores de lis bordados,
diciendo que han de añadirles
un castillo y un león bravo.”

Roncesvalles.

“A los pies dos leones humillados.”

San Juan de los Reyes.

“Embravecían con el hambre la ferocidad de los leones del circo.”

Basilica de Santa Leocadia.

El periódico dando noticias de los leones de los circos.”

“De ver leones encartelados con los castillos de nuestra noble bandera.”

El calor.

Si nos fijamos en esos leones advertiremos que obedecen a distintas fórmulas. Existencias reales y figuradas y, dentro de ellos, matices especialmente recogidos. Describe, por ejemplo, el reconocimiento de la importancia: "el soberbio león". De la ferocidad provocada: el león del circo romano. De la desventura y miseria de estos animales en los circos ambulantes hasta el punto de avergonzarse de que estén en la bandera al par de los castillos.

Está el león simbólico de las enseñas y estandartes, y el de piedra y el que realza la importancia humillándose a los pies de quienes han de ser reconocidos muy superiores.

El león alado, por cuyas fauces sale agua, quizá sea una interpretación al revés del grifo. O una visión rápida del hipogrifo. O, sencillamente, uno de los millares de caprichos con que se adorna la mitología pétreo tan rica en imágenes desconcertantes.

LEOPARDO.—"Se lanzan el uno sobre el otro como dos leopardos que se disputan una presa."

El caudillo de las manos rojas.

"Jaulas de fieras con leopardos que enseñan los dientes."
El Retiro.

Está considerado el leopardo, entre las propias fieras, como una de las más crueles y sanguinarias. Su deslizarse, la ambigüedad de su mirada, su manera de estar, como indiferente, en muchas ocasiones a pesar de su atención al contorno. Le hacen un animal peligroso. Acaso por eso está escogido en *El caudillo* para aquella escena. Y, es cierto, si se les llama la atención, con alguna violencia, son muy aficionados a enseñar los dientes.

LIBÉLULA.—"Las libélulas azules que giran en el aire en extraños círculos."

"Y huyeron las libélulas azules."

Las hojas secas.

Es cautivador el lenguaje de las hojas cuando comentan los vuelos de las mariposas y las libélulas o caballitos del diablo, tan sutiles, breves y encantadoras siempre.

No son más que hojas las que hablan y allí está toda la Naturaleza pequeña, la de los insectos, pájaros y amores sencillos. La de cada día y cada hora. La de la libélula, tan frágil como la hoja que la admira.

LIRÓN.—“Los habitantes de la aldea de Trasmoz dormían sí mismo como lirones.”

Desde mi celda. Carta VIII.

La referencia al lirón es usual en toda clase de lenguaje, lo mismo vulgar que literario. Como se sabe, este animalillo, semejante, en cierto modo, al ratón, pasa el invierno adormecido y oculto.

LOBO.—“¿Crees acaso que he venido a matar para festines de lobos?”

Los ojos verdes.

“En el invierno los lobos se reúnen en manadas junto al enebro que la protege para lanzarse sobre las reses.”

La cruz del diablo.

“A ser otro día no dejara ya de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras.”

“Los lobos a quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín.”

“Braman espantados, los lobos aúllan”.

“¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!”

“La muerte del primogénito de Alcudiel que a la mañana había aparecido devorado por los lobos.”

El monte de las Animas.

“Cuando el Moncayo se cubre de nieve, los lobos, arrojados de sus guaridas, bajan en rebaño por su falda pero no son los lobos los huéspedes más temibles.”

El gnomo.

“La añonera escuchando por uno y otro lado los aullidos de los lobos.”

Desde mi celda. Carta V.

“En perseguir a los pastores ya haciendo ruido entre las matas como si fuese un lobo.”

“Como de pastores que persiguen a un lobo por entre los zarzales.”

Desde mi celda. Carta VI.

El lobo. He aquí un animal de conseja y un familiar enemigo, propio para causar terrores caseros pequeñitos y ejemplarizantes. También, en otros tiempos, peligroso enemigo de rebaños mal cuidados y de exceso de lobos. De todas formas al lobo se le conoce por las fábulas, por los cuentos infantiles, por las leyendas aldeanas y hasta por el “porque sí” de intentar asustar con él. Veamos los de nuestro poeta.

Muchos animales de esta clase: “festines de lobos”; “manadas para lanzarse sobre las reses”; rebaño arrojado por las nieves; el “camino cuajado de lobos”; “devorado por los lobos”. Casi siempre el plural porque es así como los lobos se presentan y actúan en las ocasiones de su hambre.

Los lobos de *El monte de las Animas* devoraron al primogénito de Alcudiel, empujado al monte por una frase usual para la burla a favor del miedo: “y cuajado el camino de lobos!”. En *El gnomo* se repetirá el mismo tono irónico: “se nos comerán acaso los lobos?”. Y es que los lobos sirven a una idea del valor como elementos difíciles de vencer.

En singular se halla cuando no asegura un peligro grave. Entonces es el lobo entre las zarzas sencillamente. Ha perdido categoría.

LUCIÉRNAGA.—“Luciérnagas de fuego, ¡venid!”

La corza blanca.

La luciérnaga, derivado de lamparilla, es cierto que emite determinada luz. De ahí la denominación apropiada potéticamente de “de fuego”.

— M —

MARIPOSA.—“Esas fantásticas, ligeras y, por decirlo así, impalpables, son en cierto modo como las mariposas, que no pueden cogerse en las manos son que se quede entre los dedos el polvo de oro de sus alas.”

Tres fechas.

“Las mariposas blancas que giran en el aire con extraños círculos.”

“Y huyeron las mariposas blancas.”

Las hojas secas.

“Algunas mariposas revolotean de acá para allá haciendo en el aire esos giros extraños que fatigan la vista.”

Desde mi celda. Carta III.

“O se escapan como la mariposa que huye dejando entre las manos que la quieren detener el polvo de oro con que sus alas se embellecen.”

Basilica de Santa Leocadia.

“Un breve estío duraron las mariposas blancas.”

Pensamientos.

“Blanca y yo, como mariposas que abrasan sus alas en la llama.”

La fe salva.

“Carros de nácar a los que vuelan uncidas las mariposas.”

“Mariposas negras, ¡venid!”

La corza blanca.

“La doliente historia de una mariposa blanca.”

“Por delante de mis ojos dos mariposas blancas como la nieve.”

“Las mariposas volvieron a pasar delante de mí.”

“En el instinto de las mariposas hay algo fatal que las lleva a la muerte.”

“No sé qué querían de mí aquellas mariposas.”

“Esta es la historia de la mariposa.”

“...y bonitas las mariposas?”

Historia de una mariposa y una araña.

“La mariposa rompe su cárcel y se transforma el establecimiento.”

La horchatería.

“Como las flores llaman a las mariposas.”

El Carnaval.

“Pronto la mariposa romperá su crisálida.”

“El roce del ala de una mariposa.”

Revista de salones.

“La mano grosera que intenta detener a una mariposa solo consigue quedarse con el polvo de oro de sus alas entre los dedos.”

Crítica literaria y artística.

En tres ocasiones distintas advierte Bécquer la circunstancia de que las mariposas dejan entre los dedos, al ser cogidas, el polvo de oro que cubre sus alas. Esta huella de la levedad y también de la riqueza romántica de la mariposa le ha impresionado. El ha visto muchas mariposas blancas, no sólo porque es la más abundante en nuestro país, sino porque le sirven para descubrir la pureza, la bondad, la calma, la inocencia. Por eso, salvo en el instante de la desesperación en el que se pasa, lógicamente, al color contrario —“mariposas negras, ¡venid!”— todas las mariposas son blancas. Hasta en forma indirecta: porque se llame Blanca la protagonista o porque los carros sean de nácar.

No obstante hay algo que le molesta y le cansa: el vuelo. Anota que giran con extraños círculos que fatigan la vista, y, en *La historia*, no puede soportar su pasar continuo y acaba matando a una de ellas.

Reconoce que son bonitas, admira como roce suave el parecido al ala de una mariposa y llama grosera a la mano que intenta detenerla. Es una pequeña lucha dentro de su admiración. Acaso el poeta considera que tanta belleza no debía estar sometida a tan aparente intrascendencia, a tan frívolo manifestarse de acá para allá. Les reconoce un fatalismo hacia la muerte. El tuvo que matar una. Todas se precipitan en cualquier llama. No es de extrañar la confusión becqueriana ante las mariposas.

MARIQUITA.—“Los penitentes, mariquitas negras.”

La Semana Santa en Toledo.

No es fácil entender la causa por la que el vulgo llamara en Toledo “mariquitas negras” a los penitentes. Sin duda la

habría en las procesiones que Bécquer describe. Si se toma como base el insecto, acaso pudiera existir un pequeño apoyo para la semejanza en cuanto a ciertos movimientos y formas. De todas maneras es difícil dar con un motivo claro. Ahora bien, lo que el pueblo lanza jamás es por capricho y si llamaba "mariquitas negras" a los penitentes es porque parecían "mariquitas negras".

MONO.—"Jaulas de fieras con monos que hacen gestos."

El Retiro.

De no haber hablado del Retiro madrileño no habría aparecido la palabra mono, como animal, en la obra de Bécquer. Y lo recoge sólo para indicar que hacen gestos con que se emboba la gente menuda.

MOSCA.—"Y cuando alzan, cuando alzan no se siente una mosca, de todos los ojos caen lagrimones tamaños."

Maese Pérez el organista.

"Plumas de color de ala de mosca."

La noche de Difuntos.

La mosca, tan desagradable, tan fastidiosa, está eliminada de la zoología becqueriana. Tendría que haber moscas, muchas moscas, en los lugares donde el poeta residió en varias ocasiones. Sin embargo, con un buen gusto innegable, las ignora. Hace unas citas para el silencio y para el color. La mosca auténtica, con su realista y machacona imprudencia, no ha tenido entrada en sus páginas. Bien hecho.

MULO.—"Como aquella noche, fuertemente atado de pies y manos y a lomos de una poderosa mula, había entrado en la población el famoso capitán de los bandidos del Segre."

La cruz del diablo.

"Los timbaleros que montaban poderosas mulas, con gualdrapas y penachos."

La promesa.

"Las voces del zagal que enganchaba las mulas me anunciaron que el coche de Tarazona..."

"Comenzando ese continuo vaivén a compás del trote de las mulas."

“El mayoral, dejando el cuidado de las mulas al delantero.”

“atalajado en una mula como en los buenos tiempos de la Inquisición.”

Desde mi celda. Carta I.

“Tú hiciste un mal a mi mulo que murió de hambre.”

Desde mi celda. Carta VI.

“Los collerones de las mulas rompieron el silencio.”

La fe salva.

“Allí corren las mulas describiendo un círculo al arrastrar el trillo sobre las parvas.”

“Hace algún tiempo el caminante que caballero en su mula...”

La picota de Ocaña.

“Los dos personajes que, caballeros en sendas mulas...”

Un tesoro.

“O caballero en su mula llevará unas cuantas medias de trigo.”

El alcalde.

“Caballero en su poderosa yunta de mulas.”

La vuelta del campo.

Como es preceptivo, Bécquer usa casi siempre la voz mula para indicar a este animal que, sin embargo, bien podría ser mulo en muchas ocasiones. El lenguaje corriente, la denominación cotidiana, salvo para el Ejército, ha establecido mula. Si aparece mulo en la “Carta VI” es más bien porque se habla de un animal ya inexistente y se pone en él menos atención viva. En cambio son poderosas las mulas, se enganchan las mulas, el trote es de mulas, etc. De momento resulta extraña la frase “caballero en una poderosa yunta de mulas”, ya que no podría ir montado sobre dos, pero el hecho de que cabalgara sobre una sin separarse de la otra, y con el timón del arado como guía metafórico, justifican las palabras y hasta le otorgan una superior categoría explicativa.

MURCIÉLAGO.—“Dar salida a las aguas por las fauces de un demonio horrible con cabeza de murciélago.”

La mujer de piedra.

“Describe la cueva de los Murciélagos, situada cerca de Albuñol.”

Antigüedades prehistóricas de España.

El murciélago, colocado por la Naturaleza, como desconcertante broma, entre las aves y los mamíferos, es un mamífero, en definitiva. Por eso viene a la perfección en este caso lo que se le negó al águila en el suyo: lo de fauces.

MUSARAÑA.—“En vez de estar aquí como un papanatas, pensando en las musarañas.”

Haciendo tiempo.

“Pensando, según vulgarmente se dice, en las musarañas.”

Historia de una mariposa y una araña.

La musaraña es un animalillo para pensar. Para pensar cuando no se piensa. Se puede vincular a un ratoncillo pero también puede darse este nombre a cualquier pequeñajo de la escala animal que sea raro y tenga poca categoría. Por eso, mejor que buscarle un prototipo físico, lo que hacemos es señalarle una entidad abstracta en la que es peligroso pensar. Porque mientras se piensa puede venir alguien y robarnos un beneficio.

— O —

Oso.—“Dejemos las calles de la Villa del Oso.”

El Carnaval.

En las diferentes leyendas de Bécquer, dados los lugares, los tiempos y los personajes, podría haber aparecido el oso. No ha sido así y he aquí su nombre para denominar en una mitad tan solo la urbe madrileña: Villa del Oso... y del Madroño.

OVEJA.—“Pastores que seguís con paso lento a nuestras ovejas, que pacen derramadas por las colinas y las llanuras.”

Creed en Dios.

“Os podemos ofrecer un poco de paja en el establo de nuestras ovejas.”

Desde mi celda. Carta VII.

“Una compacta masa marfileña, un rebaño de ovejas volvía al redil.”

La fe salva.

“Entre los rediles, donde se apiñan millares de ovejas.”

La Feria de Sevilla.

Ninguna particularidad para las citas de las ovejas. Están tratadas en plural, sin excepción, como conviene a unos animalitos a quienes estamos acostumbrados a ver en permanente sociedad. “Las ovejas” tienen siempre un sentido de fácil comprensión. Aunque parezca raro “la oveja” se nos queda como desamparada y perdida en la idea. Por algo se descarria una oveja. ¡Pobre oveja descarriada!

— P —

PALAFRÉN.—“Montando un magnífico palafrén.”

San Juan de los Reyes.

En esta ocasión, el palafrén, el caballo amansado para que pueda ser montado sin peligro, servía de cabalgadura a la infanta doña Isabel por las calles segovianas. El palafrén, que también puede ser caballo de criados, era magnífico, como en el caso que se cita, más que por su constitución en sí por los adornos fastuosos, ya que lo utilizaban incluso reyes y príncipes para lances en los que había que eliminar riesgos de fogosidad equina.

PALOMA.—“La perla de las ciudades de Orsira, a la gentil Kattak, que duerme a sus pies, entre los bosques de canela y sicomoro, semejante a una paloma que descansa sobre un nido de flores.”

El caudillo de las manos rojas.

“Cuando sus servidores llegaron una blanca paloma se levantó de entre las breñas y se remontó a las nubes.”

Creed en Dios.

“Primero suave, como cuando levanta el vuelo una banda de palomas.”

Desde mi celda. Carta VII.

Tampoco la paloma, a pesar de su popularidad poética, aparece muy citada en la obra de Bécquer. Su descanso sobre un nido de flores conviene bien al concepto que de ella se tiene desde cualquier ángulo literario. La paloma, blanca como la

nieve para el amor, para la paz, para el sacrificio, merecía mayor presencia en textos tan románticamente importantes. Cuando las palomas, e incluso una sola paloma, alzan el vuelo, hay un roce, audible pero especial en lo suave, que está reflejado en la "Carta VII" con ajustado sentimiento.

PAPAGAYO.—"Las cohortes romanas con airones de papagayos."
La Semana Santa en Toledo.

Las plumas de papagayo en los cascos de los romanos dan una idea de colorido. ¿Serían de papagayo, precisamente, los adornos usados por los romanos auténticos?

PARDILLO.—"Y los pardillos picotean los insectos que pululan en el bardal."

Desde mi celda. Carta III.

Quizá no fueran pardillos los pájaros que picoteaban los insectos del bardal. El pardillo es más bien granívoro y prefiere vivir en otros lugares. Por ejemplo, cerca de donde hay viñas, ya que prefiere hacer sus nidos en éstas. Claro que esto es tan difícil de determinar que si se dice es con absoluta timidez.

PATO.—"Fuentes egipcias y chinescas, con peces y patos."
El Retiro.

En el mismo párrafo en que hace mención al ánade coloca al pato. En realidad, aun cuando viene a ser el mismo animal, debe tenerse en cuenta que el concepto ánade es más extenso que el de pato. Obedece, por tanto, a un deseo de prolijidad.

PAVO.—"Hizo su entrada triunfal el clásico pavo."

"Que el pavo es pavo, parece exigir que salga a la liza en una pieza."

"Me apresuré a abrir en canal el pavo."

"Pensamientos filosóficos de un pavo."

"En clase de pavos, se entiende."

"Hago cada idillio a la inocente pava."

“Un postrer adiós a lo que fue mi reino, el suspiro del pavo.”

“Allí vive mi pava.”

“Se me podría llamar a mí el pavo errante.”

Memorias de un pavo.

Son de un humor delicioso las *Memorias de un pavo*. La simple lectura de los párrafos sueltos da una idea de la variedad de opiniones y sugerencias en torno a este animal. Ese “suspiro del pavo” y “pavo errante” anuncian por sí solos una gracia encantadora. Aparte de ello, a través de la narración burlesca trasciende una filosofía popular, una crítica de situaciones que, burla burlando, enseñan mientras distraen.

No falta el “pelar la pava” como motivo clásico, ya desaparecido, de la charla noviera.

PAVO REAL.—“Ramos de rosas mezclados con plumas de pavo real.”

Bailes y disfraces.

El pavo real está traído en función de sus plumas extraordinarias. Mezcladas con rosas darían lugar a un adorno barroco y espectacular, muy del gusto de la época. Brillante sería, en efecto, la falda de la marquesa de Villaseca.

PENCO.—“O pulen y aderezan un penco.”

La Feria de Sevilla.

El penco es un caballo flaco e imposible de admitir en las transacciones comerciales, salvo que caiga en manos de vendedores capaces de pulirlos y aderezarlos. Puede parecer broma, pero, más de un penco, un jamelgo, un matalón, no han sido descubiertos hasta varias horas después del posible remedio.

PERRO.—“No que este que ha bajado las escaleras a trompicones, como si le ladrara un perro en la meseta.”

Maese Pérez el organista.

“Azuzad los perros.”

“Confuso tropel de hombres y perros.”

Los ojos verdes.

"Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían, ora el lejano ladrido de unos perros."

El rayo de luna.

"Hizo entrar a toda su endiablada comitiva con perros en la iglesia de una aldea de sus dominios."

"Te suelto mis perros y te cazo para distraerme."

Creed en Dios.

"Atad los perros, haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores."

"Lejanos ladridos de perros."

"Los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas de aire."

El monte de las Animas.

"Después que se dejó de percibir el ladrido de los perros."

El gnomo.

"El legañoso perrillo, que gruñía medio oculto entre los muchos pliegues de su falda."

"¡Si yo tuviera a alguien a quien querer con toda mi alma!
¡Un perro siquiera!"

"Era una de esos perrillos que arrojan a la basura de pe-
queñuelos"

"¡Cómo es eso!, refunfuñó la patrona al verle entrar con el perrillo."

"Todos estos disgustos los compensaba con usura la inteligencia y el cariño del perro."

"Sitios donde no se permitían o estorbaban los perros estaban vedados para nuestro héroe."

"¡Cómo le habría de querer mi perro!"

"Del perro no digamos nada."

"Mientras acariciaba a su perro con una mano y con la otra..."

“Montó y seguido de su perro se dirigió a la aldea.”

“Cuando se vio rico con su perro creía que soñaba.”

“Su perro comenzó a hacerle fiestas.”

“Todavía escuchaba los largos aullidos del perro.”

“Extrañó que no saliese el perro a recibirle, el perro que salía hasta la mitad del camino.”

“Lo primero que se ofrece a su vista es el perro tendido en un charco de sangre a la puerta de la cuadra.”

“El perro, moribundo, entreabre los ojos y muere.”

“¡Pobre perro mío!”

¡Es raro!

“Voces que hacen correr cuatro poetas que en invierno se emboban con la lira.

¡Ladridos de los perros a la luna!”

Rimas.

“Ya allí teniendo a mis pies al perro que se enrosca junto a la lumbre.”

“Y dos o tres perros que se habían dormido al amor de la lumbre.”

Desde mi celda. Carta I.

“Me será igual, me echen a un barranco como a un perro.”

Desde mi celda. Carta III.

“Los perros gruñían, cansados de permanecer tantas horas ociosos atados a la trailla.”

Desde mi celda. Carta IX.

“Un perro que ladra a los chiquillos que le hostigan con palos y piedras.”

“El ladrido lejano de los perros de las huertas.”

La Venta de los Gatos.

“De los rudos hombres y de la gente menuda que atraillan los perros.”

Castillo Real de Olite.

“A mi Sara piensa arrebatármela un perro cristiano?”

La rosa de Pasión.

“Cuando no nos acosa un perro.”

Memorias de un pavo.

“El cual vecino tiene un perro, cuyo perro.”

“Los lastimeros aullidos del perro.”

Entre sueños.

“Sólo un bulto viviente, fuese de hombre o de perro.”

La fiesta de los ciegos.

Nos encontramos frente a un animal tratado con la misma abundancia que el caballo. La razón es idéntica: el perro es un protagonista de las escenas de caza donde el caballo toma parte. Es así como está tratado y no como el amigo familiar, casero, del hombre, salvo en *¡Es raro!*, aunque, fijándose bien en este relato, pone más el hombre que el perro en el amor. Con esa excepción, cuyas frases recogidas determinan un afán de lectura completa, los perros de Bécquer son más bien combativos. Cuando no están ocupados en cazar, gruñen, ladran, aúllan, acosan a las gallinas o a los pavos.

En la “Carta I” hay perros pacíficos y hogareños, enroscados a los pies y dormidos junto a la lumbre, pero, por lo general, el perro hace algo y en ese algo se escapa la teoría de su pacífico estar. Pero “se ven” todos ellos. Se ven exactamente en sus actitudes y son unos magníficos auxiliares en todos los textos en que intervienen.

Merece la pena poner atención en algunas frases sugeridoras: “el legañoso perrillo”; “ladridos a la luna”; “echar como a un perro”; “un perro cristiano”, y alguna otra, todas ellas apoyadas en el ser y el no ser de este animalito tan cercano a los hombres y a sus problemas. Y aquel “dilatarse” los ladridos en las ráfagas de aire, lleva algunos años de ventaja descriptiva.

PESCADILLA.—“Y se venden pescadillas de Cádiz.”

La Feria de Sevilla.

Se venden las pescadillas de Cádiz en la Feria de Sevilla. Es un reconocimiento a la fama que las adolescentes de la pescada poseen cuando es gaditana su procedencia. ¡Y ya estaba en “los papeles” en aquel tiempo!

POLILLA.—“He oído la polilla roer durante horas y horas.”

Entre sueños.

El ruidito, roer minúsculo, de la polilla, es perceptible en el silencio absoluto de madrugadas vividas en insomnios. La polilla deja una huella de polvillo, y, en los libros, unas galerías sin respeto. No discrimina. Palabras hermosas y fórmulas interesantes no significan nada para ella. Entre sueños... ¡cómo trabaja la polilla!

POTRO.—“El escudero mayor de la casa, armado de punto en blanco, caballero sobre un potro morcillo.”

La promesa.

“El domaba los potros que había de montar su señora.”

La corza blanca.

“Junto al potro andaluz trota.”

“Los dueños de las yeguas asisten a la prueba de los potros.”

La Feria de Sevilla.

El escudero montaba un potro de color negro con algunos efectos rojizos. El potro, cuya vida puede considerarse hasta los cuatro años y medio, está bien recogido, ya que durante ese tiempo hay que domarlos, probarlos, etc., hasta conseguir su obediencia. Y cabalgarlos.

— R —

RATÓN.—“Cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados a roer por los ratones.”

El Miserere.

“Por la que discurren a su sabor algunos ratones.”

Memorias de un pavo.

El ratón no está llevado a las páginas en razón de actuaciones directas, a pesar de que Bécquer tendría ocasiones de contemplarlo. Cuando discurren ratones es el pavo el que menciona la escena y su roer está supuesto a la vista de viejos papeles.

Rocín.—“Monté nuevamente en mi rocín.”

La Cruz del Diablo.

“Semejante a las crines de un rocín colorado.”

La corza blanca.

“Rocines moribundos.”

El Carnaval.

No está muy justificado el que el narrador de *La Cruz del Diablo* cabalgara precisamente en un rocín. Era así, no obstante, puesto que ya había hablado de su caballejo flaco. Malos animales debían ser los de sus compañeros cuando aun se quedaban atrás. Pero el poeta sobre lo que dice. Porque el rocín colorado y los rocines moribundos están anotados a conciencia de que se trata de caballos bastos y de mala traza.

RUISEÑOR. — “Suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor.”

“Por la primera vez faltó a su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.”

Las hojas secas.

“Encerrar en las cinco líneas de una pauta el misterioso lenguaje de los ruiseñores.”

Cartas a una mujer.

“Al par de la canora

música de los tiernos ruiseñores.”

Oda a la señorita Lenona en su partida.

Poéticamente se frecuentísimo atribuir quejas enamoradas al canto del ruiseñor. Sin embargo, el ruiseñor pretende animar a la hembra para interesarla en su amor apasionado y, más bien que estrofas lastimeras, las que produce son valientes y encendidas. No importa que la melodía, por dulce en algunos pasajes, parezca melancólica. No lo es. Sencillamente son las palabras cariñosas en que se apoya la declaración transcendente.

Desde luego está encerrado su canto en las líneas de algunos pentagramas. Diríamos que de una manera inevitable para todo compositor que lo ha oído. Beethoven trasladó determinados pasajes a su Sinfonía Pastoral. Beethoven escucharía alguna

vez al ruiseñor y su música no se le olvidaría jamás. A pesar de su sordera. Y quizá por ella misma que sabría guardar en la memoria del alma lo digno de recuerdo.

— S —

SALAMANDRA.—“Parecían salamandras luminosas.”

El gnomo.

Nuevamente nos hallamos ante un ser de pura fantasía. La salamandra citada no se refiere al batracio de ese mismo nombre sino al espíritu elemental del fuego, según los cabalistas.

SAPO.—“Dónde se quedó aplastada como un sapo que se coge debajo del pie.”

Desde mi celda. Carta VI.

“Los sapos con collareta.”

“Revueltos con una multitud de sapillos verdes y tripudos mientras que los sapillos haciendo sonar su cascabel.”

“Los sapillos con unas herramientas diminutas.”

Desde mi celda. Carta VIII.

La primera frase denuncia un sapo auténtico en un tono peyorativo. Las restantes, las de la “Carta VII” se refieren a sapos y sapillos traviesos, como pertenecientes a un reino de seres encantados, capaces de hacer trabajos inverosímiles con sus pequeñas herramientas, para colaborar con gatos convertidos en mujeres. Cuentos de brujas. Esas brujas que tienen debilidad por los sapos acaso porque los sapos están propicios a su alianza para vengarse de la persecución y el desprecio del hombre que no se fía de su utilidad.

SARDINA.—“Estas son sardinas de Nantes.”

“Cada una de esas sardinas de Nantes lleva una idea en sí.”
Caso de ablativo.

“La pesca de la sardina en los pueblecitos de Lequeitio, Santurce y Portugalete.”

El pescador.

“Los vendedores de sardinas frescas que llegan en las primeras horas del día, de Santurce, Portugalete y Algorta.”
El mercado de Bilbao.

“En particular los de la sardina no deja de ser considerable.”

“La repartición de la sardina entre la turba de mujeres.”

“Las sardinas que han llegado unas horas antes de los puertecillos de Algorta, Lequeitio y Portugalete.”

La sardinera.

Con motivo de la sardina, su pesca y su venta, aparecen cuatro puertos sardineros fundamentales: Algorta, Lequeitio, Portugalete y Santurce. Como complemento se establece la importancia de estos peces de los que el mar es generosísimo.

Las de Nantes están citadas para hablar de la dificultad de importar ideas y el peligro de importarlas en sardinas y en botellas. Es un ingenioso comentario, propio para ser leído y meditado directamente, y no para traído a fondo en estas notas.

SERPIENTE.—“Que las serpientes danzan a su luz.”

“A cuyos pies corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata.”

“¿Acaso esos dos ojos que brillan en la oscuridad son los de la terrible serpiente?”

“Tomando, merced a una inconcebible transformación, las de una serpiente.”

“La gigantesca serpiente comienza a replegarse sobre sí misma, lanzando un silbo áspero y agudo.”

“Una flecha disparada de las nubes baja silbando y traspasa los de la serpiente.”

El caudillo de las manos rojas.

“Soñó que en su seno engendraba una serpiente, una serpiente monstruosa.”

“La serpiente había desaparecido.”

Creed en Dios.

“Dar salida a las aguas por las fauces de una serpiente.”

“Pululaban millares de criaturas diformes: sierpes”.

La mujer de piedra.

“Sé que en su corazón, nido de sierpes,
no hay una fibra que al amor responda.”

Rimas.

“Con sus ojillos verdosos, como sonreiría la serpiente que
sedujo a Eva en el Paraíso.”

Desde mi celda. Carta VIII.

“Si no existieran los celos sería un paraíso sin serpiente.”

Un drama.

“Se enroscan como una larga serpiente de piedra.”

San Juan de los Reyes.

La serpiente, a la que considera rey de los reptiles, está presentada de diversas formas. Como irreal pero comparativa, como símbolo para ciertas circunstancias, situaciones o derivaciones psicológicas. Por eso se transforma, desaparece, sirve para acusar a un corazón y hasta para determinar que es en el amor lo que fue en el Paraíso: celos. Su nombre mezclado al de sierpe es sólo una facilidad dentro de las exigencias del lenguaje. La sierpe, propiamente dicha, es una culebra de gran tamaño. Serpiente al fin y al cabo ¿no? La serpiente es un animal odiado desde el más lejano entonces. Desde aquel entonces que trastornó la zoología. Por eso no puede esperarse para ella ninguna palabra de consuelo.

SILFO.—“Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpiaban en los hilos de oro.”

Las hojas secas.

“Silfos invisibles, dejad el cáliz.”

La corza blanca.

“Solo los silfos, hijos de la ardiente claridad del sol.”

A la claridad de la luna.

“Dícese que cuando un silfo hace objeto de su amor a una beldad de la tierra, tiene que renunciar a la inmortalidad.”

“Las leyendas nos hablan de muchos silfos que han renunciado.”

“Hay mujeres por las cuales renunciaría a las alas del silfo.”

“¡Los amores de un silfo!”

Haciendo tiempo.

Si la salamandra es el espíritu elemental del fuego, un ser más allá de la comprensión, el silfo es el espíritu elemental del aire, tan incomprensible como su aliado —¡fuego, aire!— aquí materializado hasta el punto de estar columpiándose en los hilos tejidos por una araña campesina. Es delicioso, desde luego. Bécquer los hace aparecer como hijos del sol y les atribuye alas y posibles amores humanos. Es maravillosa la imaginación becqueriana alrededor de los silfos, y, aún dentro de ellos mismos, de sus amores sobrehumanos. Hay mujeres por las que se podría renunciar a las alas del silfo, a las alas del aire, al espíritu que lo mueve. Bécquer eternamente enamorado.

— T —

TIGRE.—“El siniestro brillo de la pupila del tigre.”

“Su corazón, que no ha palpitado en el fuego de la pelea, ni en la presencia del tigre.”

“¿Acaso esos dos ojos que brillan en la oscuridad son los del manchado tigre?”

“En balde la seda de brillantes colores se ha extendido sobre diez pieles de tigre para que descansen sus miembros.”

“Abandona su alcázar para acosar en sus dominios al rayado tigre.”

“El tigre va a saltar sobre nosotros.”

“Un rugido ahogado y profundo. El tigre salta.”

“Pulo hunde una y cien veces su puñal en el pecho y en el vientre del tigre, que, en su agonía.”

“Lo que más asombro le causa es ver el sangriento cadáver del tigre estremecerse y, poco a poco, perdiendo sus primitivas formas, ir tomando, merced a una inconcebible...”

“Entre mi vida y las garras del tigre.”

El caudillo de las manos rojas.

“Después de arrebatarle el tirso, la corona de pámpanos y la piel de tigre.”

Los dos compadres.

“Embravecían con el hambre la ferocidad de los tigres.”

Basílica de Santa Leocadia.

Hay una paridad de intenciones entre el tigre y la serpiente. Si el primero es rey y la segunda reina, al menos en *El Caudillo*, no es rara la simbiosis que se advierte a juzgar por la transformación de uno en otra. Es también un animal de prueba para el valor y su piel un manto para garantizar heroicidades. El tigre es una fiera cruel que inspira temor. Un animal para el orgullo. De quien le vence, de quien le puede.

Toro.—“Una tarde fue a los toros.”

“Aquella tarde no vio los toros.”

¡Es raro!

“Un entierro con una función de toros extraordinaria.”

Desde mi celda. Carta II.

“Se jugaron cañas y se corrieron toros.”

La Plaza Mayor de Madrid.

“Después de la corrida de toros en que habían admirado a Pepe-Hillo.”

Madrid moderno.

“Hombres que luchan con bestialidad con el toro.”

El calor.

“Cada uno de los chiquillos empuña su vara para tener el gusto de darle siquiera un palo al toro.”

“Hay que pagar un sermón por la mañana y un toro por la tarde. Si el sermón es bueno, el toro ha de ser endeble, y si el toro es de punta, el sermón no valdrá un comino.”

“Si resulta un toro fulastre hasta los chiquillos le pondrán falta.”

La corrida de toros en Aragón.

“Los vaqueros, sobre caballos del país, acosan garrocha en mano y los toros...”

La Feria de Sevilla.

A Bécquer le ha impresionado, y rechaza decididamente, la actuación de los “forcados” portugueses. “Hombres que luchan con bestialidad con el toro”, dice. El no ha debido asistir a muchas corridas ya que, de haberlo hecho, habría tenido motivos sobrados, insoslayables, para comentar o, al menos, referir. Aparte de su opinión sobre los luchadores, sus menciones tauromácas se reducen al patio de caballos de *¡Es raro!* y a unos graciosos comentarios en *La corrida de toros en Aragón* acerca de la necesidad de elegir entre un buen sermón y un buen toro. Las restantes alusiones están basadas en referencias.

TÓRTOLA.—“Las cristalinas ondas que corren, produciendo al besar las orillas un ruido manso y melancólico, semejante al arrullo de una tórtola.”

El caudillo de las manos rojas.

El diccionario define así la palabra arrullo: “Canto grave y monótono con que se enamoran las palomas y las tórtolas”. Bécquer añade dos adjetivos más: “manso y melancólico”. A la explicación física y fría, le viene muy bien la ampliación espiritual y sentida. El amor de la tórtola adquiere, con ese prólogo, una romántica vigencia.

TORTUGA.—“Las tortugas y los elefantes sostienen los ocho círculos del Edén.”

La Creación.

“Colgar a su cuello la tortuga de oro.”

“Las aceradas escamas que la cubren y defienden son impenetrables como la concha de la tortuga de Jawkior.”

El caudillo de las manos rojas.

Son numerosas las tortugas marinas y las terrestres. Estas son terrestres, sin duda, y obedecen al concepto de las gigantes. Sostener el Edén y tener la concha a prueba de perforaciones, define con bastante claridad a estas poderosas y sorprendentes tortugas de un metro, longevas y pacientes en el tiempo.

VACA.—“Vaca de Hamburgo.”

“En un término unas vaquitas.”

“Y el pueblecito y las vacas que se veían allá.”

Caso de ablativo.

“Hasta la vaca corrida con marona.”

La corrida de toros en Aragón.

“Los vaqueros, acosan, garrocha en mano, las vacas.”

La Feria de Sevilla.

La “vaca de Hamburgo” se refiere a latas de importación y su cita obedece a la misma causa que las sardinas de Nantes, por lo que es válido lo dicho en aquella ocasión. Las otras vacas son simples puntualizaciones de paisajes y costumbres.

VAMPIRO.—“Las brujas y los vampiros danzan en torno a Luzbel.”

A la claridad de la luna.

El vampiro que danza con las brujas está inspirado en el vampiro real aunque no se parezcan absolutamente nada. El vampiro es un murciélago pequeño y, ni que decir tiene, su boca no es a propósito para chupar la sangre, aun cuando, en honor de la leyenda, se trate de un animalejo que lame la sangre que ha producido luego de un finísimo corte con unos dientes apropiados para sajar sin que apenas se note.

VENCEJO.—“Los vencejos en el ala de los tejados.”

Tres fechas.

Al hablar de las golondrinas lo hicimos también de los vencejos. En esta ocasión los cita Bécquer con toda propiedad.

VESTIGLO.—“Como si hubiera visto animarse uno de aquellos vestiglos de piedra.”

Historia de una mariposa y una araña.

No tiene forma determinada el vestiglo. Se le define como monstruo fantástico horrible. Si entendemos que es un dimi-

nutivo de bestia, podemos intuir para vestiglo cualquier horrosa figura animal con tal que no sea grande.

VÍBORA.—“Se endereza como la víbora para morderse en ellos.”

“¿De qué sirven el poder y la riqueza si una víbora enroscada en mi corazón lo devora, sin que me sea dado arrancarla de su guarida?”

El caudillo de las manos rojas.

“A ti y a tu endiablada raza de hechiceros os hemos de aplastar una a una, como a víboras.”

Desde mi celda. Carta VI.

La víbora es otro reptil cuya misión principal en su vida es la de servir de punto de apoyo para comparaciones odiosas. Víbora para morder, enroscada en el corazón, aplastada... Términos todos en que el rencor es el protagonista.

— Y —

YEGUA.—“Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso.”

El monte de las Animas.

“Otros carnavales cuando lo cruzábamos sobre una yegua más ligera que el viento.”

El Carnaval.

Deberíamos haber llevado la yegua junto al caballo en buena ley de igualdad zoológica. La hembra junto a su macho. Al no haber sido así nos remitimos a caballo, corcel, jaco, penco, potro, a todos los masculinos, en la esperanza de que la femenina yegua pueda aparearse, en estos dos casos, con el que más con venga a su ambición.

Donato MILLAN CONTRERAS